

Alejandro Grimson

Racialidad, etnicidad y clase en los orígenes del peronismo, Argentina 1945

KLA Working Paper Series

Herausgegeben vom
Kompetenznetz
Lateinamerika

Published by the
Research Network for
Latin America

Publicados por la
Red de Investigación sobre
América Latina

Publicados pela
Rede de Pesquisa sobre
América Latina

Working Paper, No. 15, 2016
en cooperación con:



desiguALdades.net
Research Network on Interdependent
Inequalities in Latin America

Universities participating in the Research Network



This Working Paper was produced by Alejandro Grimson during his joint fellowship with the Research Network for Latin America and desiguALdades.net in August 2015.



Copyright for this edition: Alejandro Grimson

Editing and Production: Aileen Böckmann

The KLA Working Paper Series serves to disseminate first results of research projects in order to encourage the exchange of ideas and academic debate. Inclusion of a paper in the KLA Working Paper Series does not constitute publication and should not limit publication in any other venue. Copyright remains with the authors.

All working papers are available free of charge on our website www.kompetenznetz-lateinamerika.de

How to cite this paper: Grimson, Alejandro 2016: "Racialidad, etnicidad y clase en los orígenes del personismo, Argentina 1945", KLA Working Paper Series No. 15; Kompetenznetz Lateinamerika - Ethnicity, Citizenship, Belonging; URL: http://www.kompetenzla.uni-koeln.de/fileadmin/WP_Grimson.pdf.

Imprint

Kompetenznetz Lateinamerika

Ethnicity, Citizenship, Belonging

Godesbergerstr. 10

50968 Köln

Germany

E-Mail: info-kla@uni-koeln.de

Tel: + 49 0221 470 5480

Homepage: www.kompetenznetz-lateinamerika.de

ISSN: 2199-0298

The Research Network for Latin America cannot be held responsible for errors or any consequences arising from the use of information contained in this Working Paper; the views and opinions expressed are solely those of the author and do not necessarily reflect those of the Research Network.

Alejandro Grimson

Racialidad, etnicidad y clase en los orgíenes del peronismo: Argentina, 1945¹

Resumen

Este estudio analiza un caso de interseccionalidad de identificaciones de clase, étnicas y raciales, en base al momento de origen del peronismo. El 17 de octubre de 1945 los trabajadores de los suburbios ingresaron a la ciudad de Buenos Aires y marcharon a Plaza de Mayo a reclamar la libertad del coronel Perón. Con aquel episodio estalló el sistema de clasificaciones sociales de la Argentina. Surgieron una serie de nuevas categorías (descamisado, cabecita negra) así como se resignificaron otras (criollo, argentino).

El estudio aporta a los debates de la teoría cultural a partir este caso histórico. Contribuye a comprender desde otra perspectiva los orígenes del peronismo y del antiperonismo, y permite analizar las complejidades de los imaginarios nacionales argentinos. Por ello postula que la sociedad argentina está constituida sobre las jerarquizaciones de un racismo que no se estudia, salvo en las nuevas generaciones.

Nota Biográfica

Es doctor en Antropología por la Universidad de Brasilia, investigador del Conicet y Profesor Titular del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (Argentina). Su primer libro, *Relatos de la diferencia y la igualdad*, ganó el premio FELAFACS a la mejor tesis en comunicación de América Latina. Después de publicar *La nación en sus límites, Interculturalidad y comunicación*, y compilaciones como *La cultura y las crisis latinoamericanas*, obtuvo el Premio Bernardo Houssay otorgado por el Estado argentino. *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad* mereció el Premio Iberoamericano que otorga Latin American Studies Association (LASA). Su libro *Mitomanías argentinas* propuso un modo de abordaje crítico del sentido común que tuvo repercusión incluso en la televisión. Ha dictado conferencias y cursos en numerosas universidades.

¹ Agradezco las críticas y sugerencias de Bárbara Potthast y Sergio Costa, quienes leyeron una versión previa de este trabajo. Desde ya, soy responsable exclusivo de todos los errores en el mismo.

Contenido

Introducción.....	3
La situación política de 1945	5
El 17 de octubre	8
Alteridad e inestabilidad categorial.....	11
Tres perspectivas para un modo de mirar	15
Heterogeneidad de los trabajadores	19
La unificación	21
Hipervisibilización	23
Modos de ver y modos de categorizar.....	27
Nuevas categorías de identificación y sus disputas	28
Descamisados.....	29
La inversión.....	31
Argentinos, patriotas.....	33
Criollos.....	35
Cabecitas negras	38
Pensar a los "cabecitas negras"	41
Perón, ¿mestizo?	48
A modo de cierre.....	50
Bibliografía	54

Introducción

Para comprender un fenómeno tan polisémico como el peronismo, nada mejor que estudiar sus orígenes y sus cambios a través del tiempo. En este artículo pretendemos mostrar algunas significaciones del peronismo en 1945, en relación con la racialidad, etnicidad y clase. Una categoría que se vincula con otros términos que emergen en el mismo momento: *descamisados* y *cabecitas negras*. A la vez, categorías que intervendrán en la redefinición de *criollo* y *argentino*. Las nuevas categorías identitarias se articularían con otras de larga historia.

El 17 de octubre de 1945 se produjo un hecho inédito en Argentina que, combinado con las elecciones de cuatro meses después, dividiría en dos la historia nacional. Ese día los trabajadores de los suburbios ingresaron a la ciudad de Buenos Aires y marcharon a Plaza de Mayo a reclamar la libertad del coronel Perón, quien habló desde los balcones de la casa de gobierno a las once de la noche.

Este trabajo buscará mostrar que con aquel episodio estalló el sistema de clasificaciones sociales de la Argentina y que surgieron una serie de nuevas categorías de identificación. La profusa investigación académica sobre los orígenes del peronismo ha analizado y debatido hasta qué punto hubo continuidad o ruptura respecto de dimensiones como la política de intervención del Estado en la economía, las acciones estatales para vincularse con los sindicatos u otros procesos. Cabe interrogarse, también, qué hay de continuidad y qué hay de ruptura en relación a cuestiones de clase, racialidad y etnicidad. Ciertamente, una pregunta como esta no incluye sólo al peronismo, sino también al antiperonismo. Las cuestiones de la desigualdad y de la ciudadanía, se encuentran en este caso con la emergencia de una nueva categoría de pertenencia: *peronista*.

Nuestro interés radica en comprender los puntos de vista desde los cuales los hechos de 1945 fueron leídos e interpretados. Una gran heterogeneidad de tradiciones y modos de mirar se articularon en dos bloques sólidos y antagónicos. Bloques que fueron solidarios a su interior, callando diferencias, dada la difícil confrontación ante quien concebían como el enemigo principal.

Centraremos nuestro análisis en las repercusiones del 17 de octubre de 1945, abarcando sucesos de unos meses antes y después.

¿Quiénes eran los que marcharon por las calles de Buenos Aires? "Las masas". ¿Y quiénes son "las masas"? ¿Qué rostros tienen, como se visten, cómo hablan, cómo cantan, cómo son nominadas y cómo se nominan a sí mismas? El 17 de octubre abrió un período de disputa social y política acerca de quiénes eran sus protagonistas.

Este texto analizará cómo desde ese mismo día los distintos actores sociales y políticos buscaron establecer un significado acerca de los protagonistas. De la definición de quiénes eran, podría deducirse el significado de los hechos. En esas distintas formas de categorización y significación anudaban desigualdades, formas de la pertenencia, presunciones sobre los derechos y la ciudadanía. Así, emergieron formas de identificación que procuraron generar un cierre y una estabilidad clasificatoria.

El hecho de que en 1945 finalizara la Segunda Guerra Mundial está lejos de ser una cuestión anecdótica. En primer lugar, porque desde los años veinte comenzaron a organizarse grupos en la Argentina de lucha contra el fascismo, que fueron ampliando su repercusión pública. En segundo lugar, porque después de la crisis de 1930 la Argentina había iniciado un proceso de industrialización sustitutiva de importaciones. Ese vertiginoso crecimiento industrial, por el cual la producción del sector superó al agro justamente en las pampas, implicó un proceso de crecimiento económico sin redistribución (Murmis y Portantiero, 2004). En tercer lugar, porque el gobierno militar que había asumido el 4 de junio de 1943 era sospechado de simpatías con el Eje por parte de los sectores favorables a los aliados, y sólo aceptó poner fin a la neutralidad y declarar la guerra en marzo de 1945. Los opositores a Perón plantearon el escenario político argentino como si fuera una derivación de la confrontación de la segunda guerra: aliados contra nazifascistas.

Por eso, cuando un coronel de ese gobierno comenzó a fines de 1943 y sobre todo en 1944 a realizar importantes reformas laborales y sociales, amplios sectores de los partidos políticos vieron intenciones demagógicas y amenazas fascistas en ciernes. Aquella visión ha sido perdurable y hoy es posible encontrar argentinos que creen que Perón era un fascista. Argumentos contundentes contra esa catalogación como los de Germani en 1956 y la amplia investigación académica² no han tenido aún la suficiente repercusión para una mejor comprensión de aquellos años.

Quizás un límite para esa comprensión se vincula a uno de los objetivos del presente trabajo: el carácter constitutivo del racismo y el clasismo en la política argentina. Nuestra

² Ver Torre (2012), James (2010) o Raan Rein (por ejemplo, 2006).

contribución será muy específica: mostramos el papel que jugaron en la interpretación del peronismo en los mismos orígenes del fenómeno.

Este trabajo, después de explicar la situación de 1945 en Argentina y la irrupción popular del 17 de octubre, se concentra de las categorizaciones, generalmente clasistas y racistas, acerca de los protagonistas del apoyo a Perón. Ese análisis nos permitirá comprender los imaginarios sociales y las identificaciones en disputa en aquel momento tan crucial de la historia argentina.

La situación política de 1945

El 4 de junio de 1943 un golpe de Estado interrumpió el régimen de fraude electoral que llevaba una década (ver Halperín Donghi, 1961:43). Dentro del gobierno *de facto*, que mantenía la neutralidad argentina en la segunda guerra mundial, iría creciendo la figura del coronel Perón. Desde la especialmente creada Secretaría de Trabajo y Previsión, iniciaría un vínculo con los dirigentes sindicales y un cambio de la política social que incluyó una serie de nuevos derechos (vacaciones pagas, jubilaciones, convenios de trabajo, fueros laborales, etc.). En parte por su intervención ante el terremoto de San Juan (Healey, 2013) y por su creciente uso de la radio, Perón se iría haciendo cada vez más conocido en la población.

Su proyecto político preveía que el Estado se constituyera en árbitro de los conflictos entre las clases, procurando la conciliación. La situación política, sin embargo, lo fue llevando a apoyarse crecientemente en los sindicatos y los trabajadores. De ese modo el peronismo de 1945 fue el resultado de combinaciones entre ese proyecto original y un peso del movimiento obrero mucho mayor del que había sido imaginado.

Si bien durante 1944 cada vez más sindicatos y dirigentes llegan a acuerdos con Perón, al mismo tiempo la mayoría mantiene una distancia política. Por su parte, el antifascismo recibe al propio golpe del 43 como un enemigo al que hay que enfrentar. A pesar de cambios en los elencos de gobierno que desde la perspectiva de hoy resultan evidentes, especialmente por la salida de los nacionalistas de derecha cuando Perón impone su posición de declarar la guerra al Eje (en marzo de 1945), la caracterización de un gobierno fascista o nazi no haría más que profundizarse. Si bien algunos políticos radicales hablaban con Perón, también mantenían su distancia y lo comenzarán a ver crecientemente como un potencial competidor electoral. Además, en la medida en que se profundiza la política social, los sectores patronales levantarán su tono de voz.

El 16 de junio de 1945 se publica el "Manifiesto del Comercio y la Industria", también conocido como el "Manifiesto de las Fuerzas Vivas", una declaración de importantes entidades patronales contra la política social del gobierno. El documento decía que las "fuerzas económicas" estaban preocupadas por el ambiente de agitación social que malograba "la disciplina y pujante eficiencia del esfuerzo productor". Denunciaban "el clima de recelos, provocación y rebeldía" que excitaba el espíritu de hostilidad y reivindicación de los trabajadores. Defendía los principios del liberalismo económico y cuestionaba el intervencionismo estatal.

Este manifiesto contribuyó de modo decisivo a la toma de posición explícita de los sindicatos. Comenzó una batalla de solicitudes a favor y en contra de las medias sociales del gobierno. Perón realizó varios discursos, en uno de los cuales declaró: "Se dice que mi prédica va dirigida siempre hacia los salarios y las condiciones de trabajo, en vez de orientarse hacia los valores morales de la población". Y en una de sus características frases punzantes remató: "Me explico por qué esas fuerzas prefieren los valores morales: es que a los otros hay que pagarlos" (citado en Altamirano, 2004:12). A esa altura del conflicto, frases de ese tipo generaban tanta repulsa en los empresarios como fascinación en los sectores populares.

Una gran cantidad de sindicatos respondió con declaraciones y organizó el 12 de julio un mitin callejero "en defensa de las mejoras obtenidas por los trabajadores por intermedio de la Secretaría de Trabajo y Previsión". Ante una concurrencia de unas setenta mil personas, hablaron diferentes dirigentes. Allí surgió el cántico "ni nazis ni fascistas, peronistas". Es el primer registro que existe del uso público de esa identificación. En ese acto aparecieron algunos carteles que decían "Perón Presidente".³

A inicios de septiembre terminó la Segunda Guerra y con gran euforia hubo celebraciones en Buenos Aires durante varios días. Todos los partidos políticos convocaron el 19 de septiembre a una marcha de la Constitución y la Libertad, que congregó unas doscientas mil personas, desde el Congreso de la Nación hasta Plaza Francia, al norte de la ciudad.⁴ La marcha fue una celebración multitudinaria. De inmediato, se incrementó la exigencia de la oposición: el traspaso del gobierno a la Corte Suprema de Justicia.

³ Luna dice que en los primeros meses del año 45 "-y hasta varios meses después- ningún argentino osaba denominarse 'peronista'" (1971:139). Pero dice que antes del acto de julio, los socialistas tenían problemas en el terreno sindical "con los núcleos que ya comenzaban a definirse como 'peronistas'" (idem:71).

⁴ El destino Plaza Francia para esta movilización es realmente sorprendente, ya que era y es una zona muy exclusiva de Buenos Aires.

Esto expresaba una idea de "rendición incondicional" del gobierno. El Ejército no estaba dispuesto a dar ese paso, que percibía como una derrota humillante para la institución. Lejos está de ser un ejército derrotado como pediría la metáfora literal. Sin embargo, se abren grietas políticas y los sectores que disienten con Perón comienzan a alzar la voz.

Entre los sindicatos la idea de traspaso de gobierno a la Corte era rechazada. Un experimentado dirigente del gremio telefónico que sería después presidente del nuevo Partido Laborista, decía: "Para la ciudadanía, y muy especialmente para las organizaciones sindicales, la Corte era sinónimo de reacción. (...) el proletariado, abandonando dudas y prevenciones explicables, no tardó en tomar partido: contra el capitalismo y la Corte" (Gay, 1999:23).

El 9 de octubre la oficialidad de Campo de Mayo exigió y obtuvo la renuncia de Perón. Los dirigentes gremiales le solicitaron que realice un discurso de despedida. Luis Gay dice: "nosotros creíamos que el hombre estaba liquidado, esa es la pura verdad". "No había en el pensamiento de nadie", agrega, "ni nuestro ni de él, la posibilidad de que el movimiento obrero se constituyera en una fuerza política suficientemente fuerte como para cambiar el curso de los acontecimientos" (AHO, ITDT, citado en Del Campo, 1983:214).

El gobierno no sólo autoriza el acto de despedida, sino la transmisión por radio del discurso de Perón. El temor a la violencia desatada de las masas, ocupó un lugar muy peculiar en su discurso del diez de octubre. Ante unos setenta mil trabajadores, reunidos en pocas horas, Perón repasó y reivindicó la obra de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Los concurrentes recibieron sus palabras coreando consignas como "Perón presidente" y "un millón de votos", lo cual indicaba una posible salida política para los organizadores del acto y para el propio Perón. Aún faltaba una de las semanas más vertiginosas de la historia argentina para que se concretara el llamado a elecciones.

Quizás Perón estaba pensando en ese momento en las futuras elecciones. Sin embargo, sería anacrónico creer que podía pensar en un 17 de octubre por la sencilla razón de que lo que sucedió era inimaginable sin una serie de acciones del gobierno, de la oposición política y de la patronal en los días sucesivos:

- 1) El 13 de octubre Perón fue detenido por el gobierno y enviado a la isla Martín García. Esto generó mucha incertidumbre y temor en los sectores obreros.
- 2) La oposición exigió la entrega del gobierno a la Corte. El Ejército y los sindicatos rechazaban esa opción.

- 3) La patronal no demoró ni un momento en mostrar cómo sería el país sin Perón. Pagó la primera quincena de octubre descontando el feriado del 12, que ya no correspondía por una medida de Perón. Son múltiples las fuentes que confirman la alegría y el resentimiento evidenciado por la patronal. Ante el reclamo obrero por el pago del 12 de octubre, en las empresas se respondía "se lo cobran a Perón". Algunas empresas reforzaron esa idea con carteles que decían "el aumento de sueldos se lo cobran a Perón", otros beneficios "se los cobran a Perón" y así sucesivamente (ver, por ejemplo, Acta CCC-CGT, 16-10-1945, en Torre, 1988).
- 4) El lunes 15 los sindicatos comenzaron a realizar reclamos ante las nuevas autoridades de la Secretaría de Trabajo. Donde antes eran interlocutores prioritarios, ahora no los atendían, no los escuchaban, no los defendían.

Se trató de cuatro aportes invalorable a la construcción del peronismo. La percepción en términos de confrontación entre la patronal y los trabajadores se desprende de la visión de sus protagonistas. Luis Gay dice que la resistencia por parte "de las llamadas fuerzas vivas – 'demasiado vivas', como las calificara el léxico de la calle- *fue la que alineó, casi en un solo frente, declaradamente favorable a la política social de la Revolución, a los trabajadores de toda la República*, incluso aquellos que habían permanecido en una actitud de recelosa expectativa o de pasiva hostilidad" (Gay, 1999:19, subr. mío; ver también 188). Como señala Acha, "la idea de estado como agente unitario es una construcción histórica y es reciente; no es una categoría del entendimiento. Para los sectores populares sólo comenzó a ser inteligible en el nivel nacional con el primer peronismo" (2004:202). Esta tesis permite comprender el 17 de octubre como una reacción ante la evidencia de que ese Estado, que recién aparecía en las vidas cotidianas de los trabajadores, podía volver a evaporarse.

El 17 de octubre

El diario antiperonista *Crítica* anunció la detención de Perón: "Ya no constituye un peligro para el país". Ese mismo título, que tanto alivio llevaba a los "democráticos", era interpretado de modo muy distinto por los trabajadores. Cipriano Reyes, dirigente del numeroso gremio de la carne, afirma que los dirigentes sindicales debieron contener a las bases para que no se lanzaran a la huelga general antes del fin de semana del 13 y 14 de octubre (Reyes, 1984, vol 2:214). El domingo 14, algunos dirigentes de la Federación obrera de los trabajadores de la industria del azúcar (FOTIA) de Tucumán llegaron hasta

Berisso, numerosa concentración obrera en las afueras de la ciudad, y hablaron con Cipriano Reyes, anunciando la huelga que se inició el 15 en esa provincia. El mismo día comenzaron movilizaciones en Rosario y en Berisso. Como no había una iniciativa decidida por la Confederación General del Trabajo (CGT), un Comité Intersindical integrado por dirigentes intermedios y de base decidió llevarla a cabo el 17 de octubre.⁵ La CGT, una confederación mucho menor a lo que fue poco después, luego de un arduo debate, decidió el 16 casi a la medianoche la huelga general para el 18 de octubre.

La preparación y la canalización de la movilización obrera el 17 estuvo a cargo de varios sindicatos, federados y autónomos, que actuaron en la emergencia “como dirección alternativa a la CGT” (Torre, 1995b:17). Una multitud de trabajadores, mayoritariamente desde el Gran Buenos Aires, ingresó a la Capital y hacia la tarde ocupó la Plaza de Mayo. Permanecieron allí exigiendo la liberación de Perón, hasta que este apareció en los balcones de la Casa de Gobierno y habló a las 23hs.

Sigal señala que el 17 “Buenos Aires cambió de dueño. Al pueblo de septiembre le siguió este otro, que colmó las calles y la Plaza, adueñándose de una ciudad paralizada por la ausencia de transportes y el cierre de comercios; muchos pernoctaron al aire libre en una noche de calor bochornoso y recorrieron al día siguiente las calles vaciadas por la huelga de la CGT” (Sigal, 2006:277-278).

En el contexto de la improvisación de su discurso de aquella noche, Perón propuso una categorización de los participantes en la primera palabra de su discurso: “¡Trabajadores!” Si bien ese término puede parecer obvio, ya veremos que los peronistas apelarían a diferentes categorías para nominar a sus seguidores, con matices de significado. Sin embargo, para poder comprender esas connotaciones es necesario previamente considerar las reacciones de la oposición.⁶

Para los habitantes de la ciudad de Buenos Aires, esa sociedad establecida que tenía orgullo de habitar una sociedad cosmopolita, blanca y europea, la presencia de esos grupos y columnas en las calles de la ciudad fue claramente percibida con la extrañeza de lo

⁵ Lo sustancial de la versión de Reyes es la existencia de una densa red de delegados y activistas nucleados en el Comité Intersindical, con activistas y comités de huelga en Avellaneda, Lanús, Villa Martelli y Vicente López (primer cordón de Gran Buenos Aires), además de La Plata, Berisso y Ensenada (ubicadas a unos cincuenta kilómetros de la Capital). Ese sector decidido a movilizarse por la libertad de Perón, es el que inició la movilización del 17 (ver Reyes, 1984:213 y ss).

⁶ Para relatos y análisis de los sucesos del 17 de octubre ver Gambini, 1971; Torre, 1995; Senén González y Lerman, 2005.

desconocido. Estupor, vergüenza, desprecio, indignación, compasión, desinterés, tristeza, temor son algunas de las emociones que manifestaron. Esas presencias eran, por decir lo menos, una ruptura total de la cotidianidad. Se trataba de algo insólito. La multitud real chocó con la imaginación instituida.

Con esa "invasión" se abrió un problema que, con distintas intensidades, se extendería por años. ¿Quiénes eran? ¿Qué representaban? ¿Cómo nombrarlos? Por eso, el 17 de octubre de 1945 estalla el régimen categorial y clasificatorio. La disputa política que se abre sería, en una dimensión crucial, una lucha por los modos de nominación de los protagonistas.

Los habitantes de Buenos Aires vieron a los manifestantes "con la misma aprensión con que vería a los *marcianos*" (Luna, 1971:271, *subr. mío*). Martínez Estrada escribió en 1956 que "el 17 de octubre Perón volcó a las calles céntricas de Buenos Aires un sedimento social que nadie habría reconocido. Parecía *una invasión de gentes de otro país*, hablando otro idioma, vistiendo trajes exóticos, y sin embargo era parte del pueblo argentino. (...) Sentimos escalofríos viéndolos desfilan en una verdadera horda silenciosa con carteles que amenazaban con tomarse una rechoncha terrible" (2005:55-56, *subr. mío*).

¿Cómo denominar a los marcianos o a los extranjeros? Desde el día anterior a los acontecimientos, el diario *Crítica* utilizó denominaciones políticas en oposición a categorías sociales: "trataron de desfilan los elementos 'peronistas'", "todos ellos 'hombres guapos'", "en franco tren de provocar incidencias y dirimirlas a balazos" (*Crítica*, 16-10-45). "Peronistas armados impidieron la entrada al trabajo, esta mañana, a los obreros de la carne. Tratarán de ganar el centro de la ciudad" (*Crítica*, 16-10-45). También el propio 17, el diario *El Mundo* dice que "Elementos adictos al ex vicepresidente de la República intentaron poner en práctica un plan de perturbación del orden (...) la anunciada huelga ha hallado escaso eco entre los trabajadores" (*El Mundo*, 17-10-45). En la tarde de ese día *Crítica* afirmaba que "el anunciado movimiento popular de los peronistas ha fracasado estrepitosamente, en un ridículo de extraordinarias proporciones. Las multitudinarias e imponentes columnas (...) se han trocado en grupos dispersos que recorren las calles con paso cansino". Son "grupos aislados que no representan al auténtico proletariado argentino" (*Crítica*, 17-10-45). Así, "peronista" se opone a "trabajadores", a "obrerros de la carne" y a "población".

Estas clasificaciones que son del momento previo al punto más alto de la movilización que se produjo el 17 al final de la tarde y la noche, van a resultar insuficientes para hacer frente a la nueva situación.

Alteridad e inestabilidad categorial

Ante un fenómeno inédito, imposible de imaginar hasta aquel entonces por la sociedad establecida,⁷ se abrió un período de inestabilidad categorial, donde distintos oradores y articulistas buscaron palabras para designar lo ocurrido. Podríamos decir que ante la explosión del régimen de categorías de identificación, buena parte de lo que describiremos inicialmente tiene una pretensión “restauradora” del régimen anterior.

En diarios, periódicos y discursos abundan términos como hordas, turbas, masas, *lumpen-proletariat*, malevaje, malón, chusma, obreros, descamisados, negros, alpargatas, tribu u horda. Muchas de ellas tenían una larga tradición, como obrero, chusma, turba, masa, pero otras son inventadas en relación al proceso de confrontación que se agudiza en 1945. Los términos utilizados por los antiperonistas intentan con distintos énfasis mostrar que eso es lo contrario del pueblo, de los “auténticos obreros” o trabajadores. Son términos despreciativos, que combinan las denuncias de los “adictos” y otras referencias explícitamente políticas, con nociones clasistas y racistas. La palabra “cabecita negra” nunca se escribe como forma denigratoria: tiene toda su potencia en la oralidad.

El tradicional diario *La Nación* fue modificando los modos de nominación. Así, el 18 de octubre afirma que “grupos de obreros” se manifestaron en apoyo al coronel Perón y queriendo hacer “oír sus gritos” afectaron la “vida de la urbe”. Pero por más negativo que pueda haber sido su comportamiento se trató de “la concentración y el paso de obreros que se dirigían al centro y la Plaza de Mayo”. “La concentración obrera”, insisten, ha cambiado el panorama político. Un “multitud” afluyó a Plaza de Mayo. La espera “no desalentó a la gente reunida”. Hubo gran expectación en La Plata al saberse que habría “manifestaciones obreras”. El diario critica sus acciones: “comisiones de obreros” exigieron el cierre de los comercios, lanzaron pedradas contra el diario *El Día*, hicieron piquetes que impidieron el acceso de los “timoratos”. En Berisso “desde hace dos días se estuvo preparando el ambiente popular, en su mayoría obreros”, “personas vinculadas de una u otra manera al trabajo de los frigoríficos”. Es decir, produce la idea de que eran trabajadores, algunos o muchos de los cuales se comportaron de modo inapropiado.

En cambio, pocos días después, la editorial de *La Nación* aludía al “insólito y vergonzoso espectáculo de los grupos que se adueñaron durante un día de la Plaza de Mayo, el asalto a diarios en varias partes del país, el ataque a residencias particulares y el saqueo de varios comercios”. Ya, aquí, esos grupos no tienen adjetivo, han dejado de ser obreros y en este

⁷ “Sociedad establecida” alude a la sociedad que se percibía como blanca y europea en aquella época en Buenos Aires, en el sentido de Elías y Scotson (2000).

texto no son nada. Los "obreros" sí están en el editorial como parte de los grupos ciudadanos que ya se manifestaron a favor de la democracia, en alusión a los muy pocos sindicatos dirigidos por socialistas y comunistas que se habían opuesto a la movilización y las huelgas del 17 y 18 de octubre. El editorial insiste en que Perón quebró la tradicional política de conciliación de clases, intentando inculcar la idea a los obreros de que las "fuerzas vivas" los explotaban, para lanzar su candidatura presidencial (21-10-45).

Es decir, en la crónica del 18 predominaba la sorpresa o estupefacción, no había calificaciones sobre los manifestantes, aunque sí sobre aquellas acciones que consideran condenables: la pasividad de la policía, las acciones que obligaron a cerrar talleres o comercios, los cánticos agresivos, el acampe de gente en Plaza de Mayo a la espera de que terminara la huelga general, el ataque a autoridades universitarias, la presencia de jóvenes, de niños y de niñas. En cambio, su editorial posterior enmarca estos acontecimientos en una historia argentina de lucha contra "la barbarie". Apela a la matriz de interpretación elaborada por Sarmiento a mediados del Siglo XIX: la confrontación de la civilización y de la barbarie (Sarmiento, 2009). Termina así la etapa aguda de la inestabilidad categorial.

La oposición sigue convencida de su triunfo electoral y exige elecciones ¿Por qué no tienen algo de incertidumbre ante hechos tan inéditos como los del 17 y 18 de octubre? Hacia fines de mes, *La Nación* publica una larga lista de declaraciones, desde universitarias o sindicales hasta profesionales y políticas, en todas las cuales se insiste en que no eran "auténticos obreros", no eran "auténticos patriotas", no eran "auténticos trabajadores" quienes se manifestaron en esos días. Si resulta claro lo que no eran, no es claro quiénes eran, aquellos que habían sido llamados obreros. Con el correr de los días, estas declaraciones diversas de grupos vinculados a la Unión Democrática, van a ofrecer interpretaciones que ni siquiera reconocen que sean algo.

Se trata de una denegación de reconocimiento como grupo social a quienes participaron de esas movilizaciones. En todo caso serían empleados a sueldo, pequeños grupos de clientelismo o incluso policías. Todo lo cual se resumiría innumerables veces en el futuro con una palabra alcanzaría para leer en clave: eran *peronistas*. Ese término, lejos de describir a los adherentes a Perón, tendrá siempre, en cada contexto, una recarga, un espesor semiótico.

El diario *La Capital* de Rosario describió de esta manera a los participantes de las movilizaciones: "La mayoría del público que desfiló en las más diversas columnas por las calles lo hacía en mangas de camisa" (19-10-45). ¿Cómo nominar a esa gente? ¿"Público"? El aspecto a destacar era que no llevaban saco, *sólo* llevaban camisa. Y seguía: "Vióse a

hombres vestidos de gauchos y a mujeres de paisanas (...) muchachos que transformaron las avenidas y plazas en pistas de patinaje, y hombres y mujeres vestidos estrafalariamente, portando retratos de Perón, con flores y escarapelas prendidas en su ropas, y afiches y carteles". *Estrafalariamente...* El cronista, el día anterior, había mencionado a "los numerosos hombres, mujeres y niños exóticamente vestidos que bailaban por las calles" (*La Capital*, 18-10-45). El clima festivo es contundente. Incluso revela preparación: carteles, retratos, flores, escarapelas. La alteridad, escurridiza, es marcada en base a rasgos de la vestimenta: estaban en mangas de camisa, "vestidos estrafalariamente", "exóticamente vestidos".

Un contraste. La escritora Delfina Bunge de Gálvez publica un artículo el 25 de octubre y usa el término "desarrapado". Intentando conmover a los cristianos con ese "pueblo pacífico" que salió a las calles, dice: "Jesús debió efectuar su milagro a favor de turbas semejantes a éstas, de 'desarrapados'... (Y de paso: es incomprensible este *reproche* que se les aplica: si son 'desarrapados', culpa será de los exiguos sueldos que no les dan para más)".⁸ Así, en esta visión católica pietista la distancia no es adjudicada a una naturaleza de los pobres, sino a una responsabilidad de los más acomodados.

Los titulares del periódico socialista *La Vanguardia* del 23 de octubre son elocuentes: "Candombe blanco" y "El saldo del Malón". Además, esas alusiones aparecen contrapuestas a la actitud de los socialistas, los "auténticos trabajadores", el "coraje civil" o "los verdaderos hombres de trabajo".⁹ Es claro que la matriz interpretativa es sarmientina, esto es, la dicotomía del *Facundo* acerca de civilización y barbarie. El dirigente socialista que lo enuncia y que seguirá a la cabeza de su partido por años es Américo Ghioldi. Durante mucho tiempo, dice, creyeron que en la cruenta lucha entre la civilización y la barbarie la Argentina ya no estaba entre las "republiquetas south americanas", modo en que los "pueblos cultos de la tierra" califican a las turbulentas sociedades latinoamericanas. "Ahora", dice, "avergonzados, disminuidos y entristecidos hemos descubierto que había un fondo de primitividad y miseria listo para ser utilizado por caudillos militares". Ghioldi explicita de modo elocuente el lugar desde el cual observa los acontecimientos y su matriz interpretativa: desde la civilización y los pueblos cultos del planeta. Además, explicita algo

⁸ Posteriormente Bunge de Gálvez y su marido, Manuel Galvez, integraron la minoritaria lista de intelectuales peronistas.

⁹ Tres titulares: "Los auténticos trabajadores condenan los bochornosos sucesos de la semana pasada"; "Frente al pistolismo, levantaremos nuestro coraje civil"; y "Los verdaderos hombres de trabajo inclinaban la cabeza, avergonzados".

que muchos han pasado por alto: el componente de emocionalidad constitutivo de este modo de ver. Ghioldi se siente avergonzado y triste. Borges diría después que ante esos sucesos se sintió "avergonzado e indignado" (Borges, declaraciones a la revista "Che", 18/10/60).

Bajo el título "Candombe blanco" otro artículo compara al dictador Rosas con Perón y las masas de 1845 con las de 1945. Decía que "las desoladoras jornadas" fueron "saturnales a la criolla y festividades de tipo rosista". Porque Rosas había movilizado a la "masa doliente que negreaba sus coros en candombes". Rosas protegía a "unos pocos negros", de "barrios orilleros", que un "día se pasearon por las calles de Buenos Aires, ebrios de entusiasmo, precedidos de sus candombes y marimbas". El 17 y 18 de octubre "hemos tenido en Buenos Aires visiones de candombes. Sólo el color estaba ausente". Y remataba: "ese candombe blanco tenía de clase obrera argentina en 1945, lo que en 1845 tenía de pueblo porteño el candombe negro. Es decir, nada".

La idea de "candombe blanco" afirma el carácter blanco de una movilización de alma negra. La idea de que había algo "blanco" allí mostraría ser altamente precedera. Mientras tanto, "criollo", "negro" o "candombe" ya portaban significados sedimentados, sólo que ahora se dirigirían contra el peronismo.

En las semanas siguientes este lenguaje iría creciendo y desplegándose. Por ejemplo, en un artículo titulado "Ha llegado la hora de combatir" *La Vanguardia* afirma que Perón "creó la conciencia de lucha en un *conglomerado amorfo* que hoy, como en la época de Rosas, aspira a ocupar posiciones que nosotros debemos defender, no para nosotros, pero sí para aquellos a quienes el pueblo mande a ocuparlas. Cuando la *muchedumbre amorfa y descamisada* gritaba en las calles 'Alpargatas sí, libro no', comprendimos que su triunfo, si llegase, habría de terminar con la civilización para restaurar la barbarie" (*La Vanguardia*, 30-10-45).

Por su parte, *Orientación*, publicado por el Partido Comunista, realizaba una operación análoga en relación a la frustración por no ser tan civilizados como se creía, y en relación a Rosas. *Orientación* refiere a "pequeños sectores" engañados, "en especial a jóvenes y mujeres recientemente incorporados a la producción y del interior", "sin conciencia de clase", "los insignificantes, los desclasados, los traidores de siempre". También los califica como "hordas de desclasados" y "pequeños clanes con aspecto de murga". Un manifiesto del PC de 21 de octubre ya había anticipado esta visión estigmatizante: el "nazifascismo" se apoyaba sobre un "malón", que representaba un "peronismo bárbaro". Para ellos el "malevaje peronista" se arrojó "contra la población indefensa". Así, a través de los campos

semánticos sarmientinos describen quiénes eran, incluyendo las referencias a la época de Rosas (ver Correa, 2013).

La idea de “sectores engañados”, de que Perón habría sembrado “confucionismo obrero”, presente en panfletos y declaraciones, implica un mínimo reconocimiento de que sí había trabajadores. Ambos semanarios dejan en palabras de dirigentes sindicales la mención de uno de los problemas centrales: “la torpe oposición de algunos industriales o terratenientes a conceder favorablemente pedidos formulador por las organizaciones obreras ((es)) caldo de cultivo para la agitación frenéticamente demagógica del peronismo” (*La Vanguardia*, 23-10-45). “Si Perón contó con algún aporte obrero en sus actos últimos se debió a la actitud cerril de esos patronos a pagar los jornales del 12 de octubre. La demagogia peroniana se veía así facilitada” (*Orientación*, 24-10-45). Es decir, quizás hubo algunos obreros, lo cual contrasta con los otros artículos. Sin embargo, ese reconocimiento, no mitiga la “denuncia” denigratoria sobre los manifestantes. Esa inestabilidad se resolverá pronto hacia la total ausencia obrera.

La cuestión racial del malón y la barbarie también estaba presente en Ghioldi y el Partido Socialista: “en los bajos y entresijos de la sociedad hay acumulada miseria, dolor, ignorancia, *indigencia más mental que física*” (*La Vanguardia*, 23-10-45; subr. mío). Eso caracterizaba al lumpem proletariado que según su interpretación había protagonizado la jornada. De este modo, la inestabilidad categorial se va resolviendo a partir de nociones que interesectan clase, etnicidad y racialidad.

La importancia de las interpretaciones del socialismo y el comunismo trascendían en mucho a sus propios lectores. En distintos diarios puede encontrarse un impacto explícito de este relato para darle sentido a los inéditos acontecimientos.

Tres perspectivas para un modo de mirar

Tres perspectivas se combinaron en aquella coyuntura para producir este modo de mirar. Por más que la mirada y la categorización tiende a ser congruente, es relevante señalar que tiene orígenes muy distintos. En primer lugar, la tradición antifascista. En segundo lugar, la perspectiva patronal. En tercer lugar, la concepción sarmientina de civilización y barbarie con sus implicancias racializantes.

El antifascismo en Argentina surge a mediados de la década del veinte y deviene “un conjunto de afectividades ideológicas convergentes” (Pasolini, 2006:47). Toda limitación de

la libertad era considerada una actitud fascista o protofascista. El ascenso del peronismo, contemporáneo a los momentos finales de la guerra, apareció como la concreción más evidente de las alarmas que hace años habían encendido. Varios aspectos biográficos y políticos de Perón eran significativos para esa visión, como el hecho de que había estado en Italia en 1939-1940, su carrera militar, la presencia de los nacionalistas en el gobierno de 1943 o su anticomunismo.

No se trataba de una alucinación. El antisemitismo y los proyectos fascistas no eran fenómenos europeos y cuando asumió el gobierno militar de junio de 1943 el gobierno clausuró la publicación "Argentina Libre", así como clausuró la institución cultural dirigida por comunistas argentinos, e intelectuales y políticos fueron encarcelados. Varios intelectuales de la derecha nacionalista, como Martínez Zuviría, se incorporaron a reparticiones gubernamentales. Se impulsó una severa censura en todo el país. Cuando el 15 de octubre intelectuales y políticos publicaron un manifiesto exigiendo "democracia efectiva", el gobierno los despidió de sus cargos incluyendo a Bernardo Houssay, Américo Ghioldi y Julio Payró entre otros. Las universidades públicas fueron objeto de despidos masivos con interventores nacionalistas. A fines de 43 el gobierno abolió los partidos políticos y decretó la enseñanza católica obligatoria en las escuelas.

Estos hechos, sumados a la neutralidad argentina en la guerra, constituyó "el lente a través del cual los grupos autoproclamados liberales y democráticos interpretaron el surgimiento de Perón y su movimiento" (Nállim, 2006:94). Esa interpretación "ciertamente simplificaba las tensiones y disputas internas en el gobierno militar, los cambios que sufrió a lo largo de su existencia entre 1943 y 1946, y los motivos profundos del fenómeno peronista" (idem).

La publicación *...Antinazi* identificó la democracia política con la libertad económica. Por eso, censuraba al gobierno por sus políticas sociales, percibidas como una dañina intervención del estado en la economía vinculada a una demagogia de corte fascista (ver Nállim, 2006). Y frente a la adhesión sindical se hablaría de demagogia o cooptación. Por eso, en julio apoyaron el manifiesto de las "fuerzas vivas" contra la política social del gobierno y aludían al "principio nazi del capitalismo dirigido" a través del cual se engaña al pueblo y se "somete a obediencia (...) al capitalista, al miembro del consorcio, al gran propietario, al gran industrial, al dueño de la empresa creadora de riqueza" (citado en Nállim:97).

Desde *...Antinazi* la disyuntiva electoral era "ciudadanía o candombe", algo con resonancia de escisión étnico-racial. (*Antinazi*, n 35, 25/10/1945; n 52 21/2/1946; ver Adamovsky, 2010).

Sobre la perspectiva patronal, estaban "más ávidos de preservar sus privilegios que de avanzar sus intereses económicos. Así vemos que los empresarios se resisten a la legislación social y a la negociación salarial" (Torre, 2012:170). La frase de Torre es sumamente interesante, porque llevada a sus últimas consecuencias abre la posibilidad de pensar lo impensable: la irracionalidad, lejos de estar ubicada en los sectores populares, podría haber estado presente en los sectores dominantes. Estos estaban incapacitados por velar por sus intereses por la emocionalidad producida al desmoronarse sus privilegios jerárquicos. Así, la oposición, si quisiera llevarse como ejercicio la argumentación hasta el extremo, al ver que su propio Estado ya no la protegía como antaño, al ver un proceso de autonomización, deviene un sector (ya que no una masa) "en disponibilidad". En este sector, la acusación gobierno nazi fascista es el modo histórico peculiar que toda aquella indignación adquiere en el contexto del final de la guerra (véase, Campione, 2003).

Hay una tercera perspectiva que se va a combinar con el antifascismo y la posición patronal. Se leen los acontecimientos del 17 de octubre como la expresión de la misma barbarie que el país había enfrentado un siglo antes y se retoman los tópicos de Sarmiento (Svampa, 2006:315y ss). Se trata de una visión jerárquica, clasista y racista.

El imaginario europeísta y blanco que dominaba Buenos Aires en 1945 desconocía la existencia de esa la población que habitaba en la periferia urbana, ni más allá de ella. O si podía verla en situaciones laborales o de empleo doméstico, el sentido común jerárquico, clasista y racista tornaba inviable cualquier problematización de la igualdad. Como se sabe, "igualdad" perfectamente puede ser algo deseado y promovido "entre iguales", entre los que se consideran iguales a uno, dejando en situaciones de exclusión a sectores completos de la población e incluso a grandes mayorías.

Todavía no ha sido suficientemente mostrado y aceptado el papel constitutivo del racismo en la política argentina. Las calificaciones de los socialistas a los trabajadores que adhirieron al peronismo no obedecieron solamente a una reacción visceral. El mítico fundador del partido, Juan B. Justo, había dicho:

"Y así como en la época de las continuas convulsiones internas, el trabajo manual del inmigrado era el más regular y seguro, pues no se requerían sus brazos para la guerra, en la época más tranquila que le sucedía, la cabeza del obrero extranjero era la más despejada y activa en la elaboración popular de ideas políticas, libre como estaba de los abyectos atractivos y torpes sugerencias de la política criolla" ("Socialismo", página 102, edición La Vanguardia, 1920).

Un cuarto de siglo más tarde, Américo Ghioldi cita esta frase y explica en un curso publicado las transformaciones que ha implicado la inmigración después de la batalla de Caseros en 1852:

“La composición étnica ha variado fundamentalmente con relación a la época colonial, en la cual predominaban los indios, negros, mulatos y mestizos sobre los blancos europeos. Las razas mestizas dominaron por su gran número durante gran trecho de la historia argentina y por fin, gracias a la inmigración europea de la última mitad del siglo pasado, la raza blanca triunfa sobre los indios, negros, mestizos y mulatos. Las consecuencias múltiples que derivan de estas constancias son inmensas en todos los órdenes del progreso, de las costumbres, de la cultura y de la civilización” (1946:20). Ghioldi reivindica el “gobernar es poblar” de Alberdi, aclarando que para el padre fundador se trataba de “poblar con europeos” (1946:21). A continuación lamenta que, a diferencia de Estados Unidos, la Argentina no haya sido selectiva con la inmigración europea.

Como publicación especial del partido en 1946, no se trata de un momento de enojo o un desliz. Estamos ante un curso y una “teoría”. Esa teoría muestra claramente que el problema mayor del Partido Socialista no eran Perón y sus características. El problema mayor era la teoría racial que sustentaba su acción política civilizatoria. Un desprecio profundo para las “razas inferiores”, una celebración de la raza blanca como símbolo del progreso. Ningún matiz, ninguna pregunta, ninguna invitación a la interacción. Es una concepción absolutamente dicotómica: blanco es civilización y progreso, no-blanco (indio, negro, mestizo, mulato) es el pasado y el atraso.

La clase obrera, dice Ghioldi, máximo dirigente socialista, “realiza en el país una actividad propia y autónoma que difiere fundamentalmente de la actitud asumida por los gauchos en su posición instintiva y regresiva”. La clase obrera “no se pone al servicio de ambiciones caudillistas” (1946:82). Los sucesos políticos de 1945 devienen impensables desde esta matriz y, de hecho, el Partido Socialista ya no volvería a tener peso específico en el siglo XX.

Después de la irrupción de un fenómeno novedoso que provoca inestabilidad categorial, hay una tendencia a encontrar nuevos o antiguos términos en función de las perspectivas clasificatorias previas. El antifascismo argentino llegó a su punto máximo cuando la furia los invadió después del 17 de octubre (...Antinazi, 25-10-1945, ver Nállim, 2006).

La violencia de sus palabras, su clasismo y su racismo, así como su liberalismo económico, habían convertido el gigantesco movimiento antifascista en una versión muy peculiar. Esto

implica que en la Argentina se produjo una “convergencia perversa” (Dagnino, 2004) entre el antifascismo, la perspectiva patronal y civilizatoria.¹⁰

Las tres perspectivas se conjugaron en una coyuntura política peculiar. Estados Unidos, después de que abandonó su neutralidad con Pearl Harbor, reclamó que lo hicieran todos los gobiernos latinoamericanos. Contra esa posición no sólo estaban los germanófilos, sino también sectores pro aliados y los intereses británicos en Argentina. Después de ser invadida, la Unión Soviética también había virado y reclamaba la declaración de la guerra. Por otra parte, en el terreno de la política argentina, Perón iría a competir política y electoralmente con todos los partidos políticos tradicionales que encontraron en la forma de la lucha contra los vencidos en Europa el mejor modo de presentarse a sí mismos.

Una década más tarde, Germani sostuvo que en el surgimiento de los totalitarismos europeos estuvieron presentes en las clases medias dimensiones psicosociales, como la amenaza ante “el sentimiento de prestigio social y jerárquico, y de superioridad nacional y racial” (1962: 242). Nuestro argumento es que esos elementos estuvieron presentes de modo notable en las clases medias argentinas de 1945. Buscaremos mostrar que fueron cruciales en la constitución del antiperonismo. Es lo que Adamovsky ha conceptualizado como una “una reacción jerarquizadota” (2010:276).

Heterogeneidad de los trabajadores

Ahora, para comprender las dinámicas de los conflictos de categorización y significación debemos aludir brevemente las características de los trabajadores hacia 1945. La heterogeneidad de la clase trabajadora se percibía en la desigualdad de ingresos, muchas veces ligados a niveles muy diferenciados de calificación, pero también a la diversidad territorial (muy relevante en el país), las diferencias étnicas, los rasgos fenotípicos y los distintos modos de significarlos, la desigualdad de género, las diferencias de edad, los niveles de sindicalización y de tradición sindical.

Nos detendremos sólo en la cuestión migratoria. En el Censo Nacional de 1947 los migrantes internos representaban el 17,8% de la población total del Área Metropolitana de Buenos Aires. Los extranjeros representaban el 26%. Germani había realizado dos afirmaciones sobre las migraciones internas para el período 1936-1947: aludía a un saldo

¹⁰ Evelina Dagnino propuso la noción de “convergencia perversa” en alusión a la articulación a fines de siglo XX entre una perspectiva supuestamente basada en valores de equidad con la política neoliberal como estrategia de cambio social. Aquí aplicamos su noción a la convergencia de la perspectiva antifascista, basada en valores democráticos, con visiones clasistas y racistas.

anual de 83.000 migrantes y a su proveniencia desde las regiones menos desarrolladas. Desde 1956, Germani (1962) había explicado el surgimiento del peronismo a partir de la idea de un centro modernizado y una periferia tradicional. El gran elemento modernizante habría sido la migración ultramarina, que daba cuerpo a la "vieja clase obrera". En cambio, la nueva clase obrera estaba formada por migrantes internos que "provinieron de aquellas áreas menos modificadas por la inmigración masiva de ultramar, es decir, de la periferia, partes del área rural, de las ciudades y pueblos chicos que habían preservado en mayor medida la cultura original previa a la inmigración" (1973:466). Esta imagen del peronismo apoyado fundamentalmente por nuevos trabajadores provincianos, mestizos, criollos, dice el propio Germani, era compartida por peronistas y antiperonistas (ibid.).

¿Es adecuada esa imagen? En realidad, unos años antes de la última intervención de Germani en estos debates, Rechini de Lattes y Lattes (1969) habían realizado diferentes cálculos para estimar el peso de las migraciones internas para 1947. Ofrecieron datos muy claros que relativizaban mucho las afirmaciones de ese tipo. En la Capital eran el 19,32% de la población y en el Gran Buenos Aires eran el 15,32% (Rechini de Lattes y Lattes, 1969:48). Halperín Donghi (1975) buscó mostrar que los migrantes internos eran menos en cantidad de los que Germani había afirmado y que provenían en mayor proporción a lo estimado por Germani de áreas más pampeanas en lugar de zonas "tradicionales". Además, rechazaba el prejuicio de la migración europea como factor de modernización, señalando su analfabetismo, su fuerte catolicismo y su tradicionalismo. Así, Halperín intentaba deshacer la oposición entre viejos y nuevos trabajadores. Criticaba a Germani por idealizar la migración europea y será parte de quienes insinuarán que los obreros extranjeros y sus hijos apoyaron tanto al peronismo como los provincianos. Al menos, que no había nada especialmente "moderno" en aquellos españoles e italianos que les impidiera hacerlo.

Datos posteriores (INDEC, 1974; INDEC, 1999) indican que más del 50% de los habitantes de la Capital y el Gran Buenos Aires en 1947 tenían uno o ambos padres extranjeros. Por lo tanto, el peronismo jamás podría haber triunfado en 1946 sin votos "tocados" por la "migración ultramarina", sea esta "modernizadora" o no. Además, el origen de los migrantes muestra que no existió una corriente migratoria desde zonas tradicionales aisladas como la que imaginaba Germani con capacidad de dar base por sí sola al surgimiento del peronismo. Tampoco prevalecieron en los distintos grupos prácticas endogámicas (INDEC, 1999:491; Acha, 2008:425). Estos datos indican una diferencia relevante entre los movimientos demográficos y su percepción social. Y sociológica.

Todas estas cifras no demuestran nada respecto de las características fenotípicas ni culturales de los migrantes. En cambio, demuestran la visión exagerada de la migración interna, así como de su carácter homogéneo. La Argentina era, y sigue siendo, muy heterogénea en términos territoriales y la adjudicación de rasgos definidos a todos los migrantes internos es, desde este punto de vista, temerario.

En el Gran Buenos Aires, “los establecimientos fabriles eran como un mosaico de las diversas culturales provinciales, en especial del centro y norte del país” (Lobato, 2004:233). “El trabajo de miles de personas se desempeñaba en los espacios del Gran Buenos Aires “cuyo rasgo distintivo era la heterogeneidad” (idem:234).¹¹

La unificación

¿Cómo es posible que en ese panorama heterogéneo haya surgido una identificación política unificada? La política social de Perón que implicaba beneficios para todos es una condición necesaria. Hace tiempo se ha mostrado la racionalidad económica y social de los trabajadores en su adhesión al peronismo (Murmis y Portantiero, 2004). James ha explicado el riesgo de que un instrumentalismo excesivo de esa adhesión pierda de vista dimensiones culturales implicadas en el atractivo del peronismo por “su capacidad para redefinir la noción de ciudadanía dentro de un contexto más amplio, esencialmente social” (2010:27). Del mismo modo, entre los factores para comprender el significado del peronismo para los trabajadores en 1945 James menciona “el orgullo, el respeto propio y la dignidad” (idem:40). En otras palabras, tanto en las políticas sociales como en los discursos y las acciones de Perón se jugó un problema de reconocimiento para amplios sectores de la población, inescindible del acceso a derechos. Ahora bien, a nuestro juicio, todas esas condiciones necesarias, requirieron una condición suficiente: el pavor generado en las clases trabajadoras al significar desde su perspectiva las implicancias de la reacción antiperonista. James sostiene que “si bien el peronismo representó una solución concreta de necesidades materiales experimentadas, todavía nos falta comprender por qué la solución adoptó la forma específica de peronismo y no una diferente” (2010:27). El presente trabajo pretende hacer una contribución específica para responder esa pregunta. Allí donde los trabajadores se percibieron reconocidos por Perón, se sintieron persistentemente desconocidos o excluidos por los antiperonistas.

¹¹ Sobre la heterogeneidad obrera ver Di Tella, 2003:115 y ss; Adamovsky, 2012:94-95.

La unificación política de los trabajadores no es el resultado de una homogeneidad económica, fenotípica o étnica. Más bien se generó en circunstancias de intensa heterogeneidad en todos estos aspectos. La unificación identitaria fue no sólo el resultado de la acción de Perón y el estado, sino sobre todo el resultado de la ofensiva unificada que amenazaba todos sus logros. Cuando el heterogéneo bloque del no peronismo devino antiperonismo recalcitrante, las dicotomías trabajadores-patronal, interior-capital, no blanco-blanco, invisible-visible, excluido-respetable y otras adquirieron la potencia de las identidades políticas emergentes.

Esa heterogeneidad constitutiva de lo popular en lugar de traducirse en identificaciones políticas distintas, fue englobada por una única identificación que permitía imaginar a todos los trabajadores en oposición a la oligarquía y la patronal. Al condensar estos últimos lo anti-nacional, los trabajadores extranjeros también podían ser reconocidos como miembros de la comunidad. En el proceso que va del 15 de junio al 16 de octubre de 1945, no hay ninguna escena contundente que de por terminada la heterogeneidad política de la clase obrera. En cambio, hay eventos que van generando unidad, como el acto de 12 de julio, llegando al pico del 10 de octubre. El 16 de octubre los debates registrados en las actas de la CGT expresan una diversidad de opiniones acerca de cuál es la mejor estrategia a seguir.

No hay una unificación de la clase obrera previa al 17 de octubre. El 17, desde la mañana hasta la noche, es en sí mismo un proceso de unificación. El 17 comienza con la movilización de sectores obreros que no pueden resignarse a perder todo lo obtenido, que salen a expresarse en contra del gran avance patronal producido desde el 9 de octubre y manifestado en las fábricas, en la Plaza San Martín el 12 de octubre y en el arresto de Perón. La unificación no culmina el 17 a la noche, sigue su proceso en temporalidades diferentes que tienen un momento crucial el 24 de febrero de 1946.

La heterogeneidad cultural no implicó un contraste político significativo entre sectores obreros. Si esa heterogeneidad podía verse como fuente potencial de división, Perón vino a representar cierta idea creciente de unidad. Justamente, el odio visceral de los sectores más altos hacia Perón resultaba un dato elocuente para los trabajadores. Tanto los beneficios sociales palpables como el reconocimiento generaban identificación. Pero sin aquel odio quizás no se habría producido un movimiento político tan unificado.¹²

¹² La conceptualización de la equivalencialidad y la diferencia de Laclau (2005) resulta muy apropiada para analizar estos procesos. Evito, sin embargo, el término "populismo" porque se encuentra tan cargado de supuestos en distintos autores que, a mi juicio, lejos está de ser una cuestión teórica saldada.

Hipervisibilización

Hasta tal punto el odio era un problema de primer orden que Monseñor Gustavo Franceschi dedicó la nota principal de la revista *Criterio*, de orientación católica, al tema del "Odio..." el 8 de noviembre de 1945. Considerar a Franceschi nos ofrece indicios acerca de la perspectiva de sectores eclesiásticos sobre la situación. Declarando que no tenía ninguna intención partidaria, Franceschi distinguía la antipatía del odio. Mientras la antipatía hacia otra persona sea por el modo de expresarse, la tendencia política o la raza, es espontánea, el odio es voluntario, conciente, implica desear un mal para el otro y conlleva un pecado. Más grave aún es cuando la antipatía tiene motivos de índole pública y política, y se convierte en odio. Cada uno tiene derecho a defender a su grupo, "*pero cuidando de no confundir la justicia con el interés, cosa fácil por demás, que convierte al agredido en agresor*" (1945:439; subr. orig.). Si el odio "se generaliza en una sociedad, si son categorías enteras de ciudadanos las que se vuelven así unas contras otras", la colectividad dividida perecerá (idem:440).

La escisión dicotómica, provocada por sentimientos y perspectivas, provocaría una percepción específica de los protagonistas del 17 de octubre. Se produciría un efecto de hipervisibilización. Cuando se trata de una presencia irremediable y dolorosa, porque los sectores establecidos consideran que hiere su situación, sus costumbres y sus poderes, es habitual que se produzca una exotización de la alteridad y una magnificación de la distancia. Un sobre dimensionamiento. Polarizante.

Así, el clasismo racializado de la mirada europeísta y blanca tendió a identificar a todos los trabajadores con el sector étnica y racialmente menos prestigioso de las jerarquías establecidas. Los heterogéneos trabajadores devenían inmigrantes provincianos y, a su vez, los provincianos devenían oriundos del noroeste. Racismo mediante, los trabajadores podían convertirse en "cabecitas negras".

Intelectuales peronistas invirtieron la carga valorativa de capital e interior, cosmopolita y rural, modernos y provincianos, blancos y no-blancos, para construir una visión también homogénea de los protagonistas del 17 de octubre. En esa línea, muchas veces se replicaban las categorizaciones, sólo que se reivindica lo criollo, lo mestizo, lo moreno como lo auténticamente argentino. Belloni (1960) consideraba que "los jóvenes nativos, descendientes de criollos y gauchos de las montoneras" que llegan a la ciudad y "traen con ellos un nuevo resorte poderoso", una fuerza que proviene "de las mismas entrañas de la tierra y del pueblo argentino y ello los capacita a marcar un nuevo rumbo nacional". Por su parte, Ramos (1957:287-288) afirmaba que "de las provincias mediterráneas bajaron los

'cabecitas negras' (...) Los rústicos pastores criollos descendientes del montonero epónimo se trocaron en obreros industriales"; su nacionalismo "ingenuo y hondo" chocó con las "formas políticas arcaicas y europeizantes" de los partidos tradicionales. Jauretche, en 1966, en el marco de un lúcido análisis del racismo en Argentina, termina identificando a la "aparición del cabecita negra", "los trabajadores argentinos del interior, excluidos como factores sociales", como el "elemento auténticamente nacional" (2010:306).

El discurso hegemónico había invisibilizado a las poblaciones con ascendencias indígenas, insistiendo en que la Argentina era un país blanco. Después hipervisibilizó al sector, que en su propia jerarquía racial, era el más discriminable. Cuando reponemos la heterogeneidad no soslayamos el apoyo masivo que tuvo Perón y peronismo entre los migrantes internos y su intensa participación en las disputas y su creciente presencia en la vida social, siempre menospreciada. Sin embargo, ese papel no soslaya que en 1945 se produjo una unificación de las clases trabajadoras argentinas, bajo el liderazgo de Perón, que traspasó identificaciones raciales o étnicas y abarcó a la heterogénea masa de trabajadores.

La invisibilización y la hipervisibilización son dos modos de estereotipar. Todas las diferencias fueron exacerbadas. Por ejemplo, se adjudicó la política caudillista a las zonas tradicionales, pero todos sabían que había ejemplos célebres en la frontera con la Capital, con Barceló en Avellaneda. También se aludía a la falta de experiencia democrática de los nuevos migrantes, lo cual es una doble presunción. Ni esa falta de experiencia se comprueba, ni se lo hace con la experiencia de las zonas "modernas", que sólo transitaban elecciones sin fraude y proscripciones entre 1916 y 1930, como el resto del país. Ni qué decir que los inmigrantes europeos no traían consigo ninguna "larga experiencia democrática". Fue una época de exacerbación de diferencias y de valoraciones escasamente fundamentadas.

Al exotizar a los protagonistas populares del apoyo a Perón esa esta hipervisibilización exotizaba al propio peronismo. La frontera cultural, entre la supuesta tradición liberal representada por la Unión Democrática y el personalismo y populismo representado por el peronismo, se significaba a partir de la matriz de civilización y barbarie.

La mayoría de las descripciones de esos meses colocaron el hincapié en lo más chocante y sorprendente: la pobreza, las ropas, los rostros morenos y en la condena moral de la barbarie y el interior. Poco y nada se describieron los sacos, ni los sombreros, ni los trabajadores sin ascendencias indígenas.

Todo ello estaba en las fotos de los principales acontecimientos (ver Amaral y Botalla, 2010). En la foto más famosa de ese día se ven trabajadores y niños refrescando sus pies en una de las fuentes de la Plaza de Mayo. Esa acción sería denostada como violación de las normas de comportamiento: "metieron las patas en la fuente". En esa imagen se ve a dos hombres con saco. Son Juan Molina y su hermano, ambos nacidos en la periferia de Buenos Aires, en Caseros, por entonces trabajadores de una fábrica de gaseosas. En 1952 Molina fundaría el sindicato de la Sanidad en Hurlingham, también en el Gran Buenos Aires. En la foto, él y su hermano están elegantemente engominados. Un sombrero está apoyado detrás de uno de ellos. A su izquierda, se ve un hombre en camisa y a la derecha a otro hombre en camiseta. Amando Ponce era santiagueño, es decir, migrante del noroeste argentino. Trabajaba como cadete en una sastrería militar, a una cuadra de la Plaza. Ese día ambos tenían 17 años, la juventud de la mayoría de los participantes. Más atrás se ven mujeres y otros hombres, con diversas vestimentas, pero ninguno "desharrapado". La heterogeneidad estaba a la vista de todos y a plena luz del día fue arrasada.

La diferencia se fabricó como diferencia de clase, de educación, de estilo y se racializó. Pero quienes guardaban algún pudor respecto de las ideas raciales, que claramente no eran la mayoría, nada hicieron para enfrentar esa racialización. Sí para resignificarla. Trastocaron la diferencia "negra" en "rural", "étnica", o de culturas políticas. Por ello, "negro" y "cabecita negra" estaban a la vez ausentes en la escritura y omnipresentes en la oralidad.

Un caso contrastante que, sin embargo, en la polarización no ha sido leído de este modo, fue Raúl Scalabrini Ortiz. Este intelectual que provenía de Forja, conmovido, captó y subrayó esa heterogeneidad y la describió en 1948.¹³ Su poética frase sobre el 17 de octubre, "era el subsuelo de la patria sublevado", hizo pasar por alto elementos clave de su descripción. ¿Cómo era ese "subsuelo"? "Llegaban cantando y vociferando, unidos en la impetración de un solo nombre: Perón. *Era la muchedumbre más heteróclita que la imaginación pueda concebir*" (Scalabrini Ortiz, 1972:26, subr. mío). La idea de heterogeneidad aquí precede a cualquier otra. Y está en tensión con aquello que es imaginable. Más diversa que esa multitud, piensa Scalabrini, resulta inconcebible. Al menos en la Argentina, agregaríamos. Así nos reenvía a Félix Luna (1971), cuando dice que él y muchos no sabían que esa gente existía. Por eso, el 17 modificó el horizonte de la imaginación social y política.

¹³ Aunque la edición del libro *Irigoyen y Perón* es de 1972, este texto de Scalabrini fue publicado originalmente en 1948. Esta diferencia de casi 25 llevó a algunos historiadores a creer que la narración había sido escrita muchísimos años después de los hechos.

¿Cómo era la heterogeneidad del "subsuelo"? Sigue Scalabrini: "Los rastros de sus orígenes se traslucían en sus fisonomías. El descendiente de meridionales europeos, iba junto al rubio de trazos nórdicos y el trigüeño de pelo duro en que la sangre de un indio lejano sobrevivía aún" (ibid.). Ahí tenemos un tríptico básico acerca de la heterogeneidad fisonómica entre los trabajadores argentinos. Españoles o italianos, a veces de tez oscura pero siempre contrastando con el rubio del norte también presente, junto a los mestizos venidos desde las provincias. Todos estaban allí.

E insiste para quien no haya comprendido: era "una multiplicidad casi infinita de gamas y matices humanos, aglutinados por el mismo estremecimiento y el mismo impulso, sostenidos por una misma verdad que una sola palabra traducía: Perón".

Hugo Ratier indicó lo mismo: "No solo el cabecita hizo el 17. Hubo mucho rubio, mucho hijo de gringo, mucho porteño en sus cansadas columnas. El llamado al antagonismo contra los 'negros' fue un recurso más para dividir a la falange proletaria. Recurso que es difícil hallar expresado públicamente. Circulaba más bien por los subterráneos del rumor, del chiste político, vivo siempre en la expresión oral" (1971:33). Puede haber sido producido para dividir o estigmatizar, pero también se mitologizó en la idea de lo "auténticamente nacional".

En afirmaciones como las de Scalabrini o Ratier, las referencias a rubios, trigüeños, gringos, meridionales o cabecitas negras da cuenta de descripciones de la diversidad de colores de piel o rasgos fenotípicos. Uno de los problemas deriva de que el término "negro" en Argentina no guarda ninguna relación simple con estas características. La definición de la Argentina europea y blanca plantea un problema desde su mismo origen. En realidad, alude a la migración civilizatoria imaginada por los fundadores, mucho más que a la migración efectiva que llegó desde España e Italia, en la cual el blanqueamiento total no deja de ser algo problemático.

En Argentina hay una distancia notable entre la nominación "negro", los rasgos fenotípicos y el color de piel. Esto no ha sido notado adecuadamente. Las clasificaciones fenotípicas argentinas guardan una distancia significativa con el color de piel que, sin embargo, es utilizado tanto por la sociedad como por investigadores como un parámetro metonímico. Es metonímico en el sentido de que supone que una persona blanca o negra, de tez oscura o indígena tendrá ciertos rasgos fenotípicos. Sin embargo, en términos más sutiles el color de piel no es realmente un indicador riguroso de los rasgos fenotípicos. Por dar un ejemplo, podrían encontrarse inmigrantes italianos del sur cuya piel es más oscura que la de personas de origen guaraní, o españoles de piel más oscura que los descendientes de

tehuelches. Esta cuestión cromática adquiere otro significado en las clasificaciones sociales del color en la Argentina, ya que blanco y negro aluden más que al color de piel a la jerarquía de clase y a la jerarquía étnica de las personas. Por más que el color de su piel sea más blanca que algunos sectores medios, aquellos más pobres, con cierta forma de vestirse, de hablar, de moverse, entran en la posible catalogación de "negros".

Por eso, todos los peronistas podrían ser considerados "negros" en un país que la sociedad establecida consideraba "sin negros". La pregunta de "quiénes eran" se convirtió en un verdadero embrollo porque no podría dejar de afectar, aunque de modo muy peculiar, respuestas a "quiénes somos" los argentinos.

Modos de ver y modos de categorizar

Esta magnificación se vincula con ciertos modos de ver y de categorizar en situaciones de fuertes tensiones sociales. Es la conocida tendencia de todo grupo a homogeneizar a sus alteridades. En realidad, sólo un esfuerzo especial para conocer a esos "otros" permite desarmar prejuicios y comprender complejidades. Obviamente ninguno de esos esfuerzos sucedió en el auge de las luchas políticas, como el 45 en la Argentina. Los grupos o colectivos humanos, como regla general, son bastante más heterogéneos que el modo en que son percibidos.

Esto afectaba tanto a los peronistas como a los antiperonistas. Si un periodista de *La Época*, el diario peronista, podía decir que quienes se habían reunido en la Plaza San Martín el 12 de octubre de 1945 eran las "cien familias de la plutocracia" eso no se lleva del todo bien con el hecho de que la Unión Democrática obtendría el 45% de los votos en febrero de 1946. Obviamente esa fuerza política expresó algo mucho más complejo y heterogéneo que a una elite minúscula.

Ninguna categoría de identificación deja de ser "elegida en condiciones que no se han elegido". Es decir, que la humanidad no marcha inexorablemente hacia una identificación de clase, étnica o racial. Distintas formas de identificación pueden, desde el punto de vista de los grupos sociales, resultar más convenientes en diferentes contextos sociales. En ciertas circunstancias (que no se han elegido) sectores subalternos pueden verse coaccionados o motivados para identificarse en términos étnicos o raciales. El término "esencialismo estratégico" (Spivak, 1987) se ha acuñado para conceptualizar situaciones en que apelan a un discurso fuertemente culturalista. Sin embargo, en otras situaciones

pueden verse coaccionados o motivados a identificaciones de clase o populares abiertas a la pluralidad cultural, étnica y de género de sus integrantes. Esto también podría ser conceptualizado como “clasismo” o “populismo estratégico” (ver Grimson, 2009).

Es riesgoso que las viejas teleologías clasistas sean reemplazadas por nuevas teleologías étnicas o raciales, que presuponen que los sectores populares deberían identificarse tal como fueron colonial o estatalmente constituidos: como indios o como negros. Y que si no lo hacen es por falta de conciencia o de poder (Grimson, 2011).

El caso argentino del 45 muestra otra situación. Dada la contundente heterogeneidad social y cultural de los sectores populares, cualquier identificación étnica o racial en el contexto del 45 podía asegurarles una derrota. Por eso, el antiperonismo insiste oralmente con “malón” o “cabecitas negras” y Perón elude ninguna definición sobre esto, al igual que lo hacen los trabajadores que lo siguen. Ya veremos que esa decisión tuvo además otros motivos.

Ahora, si la identificación como pueblo o como clase no es tampoco un destino inevitable de las sociedades, cuando estas emergen resulta importante comprender sus contextos sociales específicos, tanto como en cualquier otra construcción identitaria.

Nuevas categorías de identificación y sus disputas

A partir del 45 se van generando denominaciones nuevas en la historia argentina, así como transformando sentidos de términos antiguos. En la segunda parte de este trabajo nos concentraremos especialmente en ciertas denominaciones que el peronismo y antiperonismo otorgaron a los seguidores de Perón: descamisados, argentinos, criollos, cabecitas negras, negros y peronistas. Algunos significados de 1945 hoy no son recordados habitualmente acerca de los usos de estas denominaciones.

Cabe mencionar otros términos como “grasa”, que aludía a una persona de baja condición social. O “grasita”, muy utilizado por Eva Perón en usos coloquiales y afectuosos. Habitualmente, en referencia a “mis grasitas”.

Por otra parte, existieron términos también prolíficos que los peronistas utilizaban para calificar a los antiperonistas. Uno de los más habituales fue *contrera*, que aludía los opositores afirmando que estaban en contra de todo lo que hiciera el gobierno; eran catalogados como contrarios. También se tornó muy habitual el término *cipayo* para hacer

referencia al supuesto carácter de vendepatria de quien era vituperado. Hacia el final de la década emergió el perdurable término *gorilas*. Todos ellos merecen otra investigación.

Descamisados

El término “descamisados” fue utilizado después del 17 de octubre para redesignar a sus protagonistas. Entre otras publicaciones, fue utilizado en *La Vanguardia*, periódico del Partido Socialista, en un artículo titulado “El tango de la candidatura” (23-10-45:8). En un tono irónico de burla de los sucesos, dejaba caer la alusión a “murgas carnavalescas con sus muchachones descamisados y elementos del hampa”. La semana siguiente el término aparecía en otro artículo, que explicitaba la lectura bélica: “Ha llegado la hora de combatir”. ¿Era para tanto? Sí, porque cuando la “muchedumbre amorfa y descamisada gritaba en las calles ‘Alpargatas sí, libros no’, comprendimos que su triunfo, si llegase, habría de terminar con la civilización para restaurar la barbarie” (30-10-45:3). El autor alude a una de las consignas de los manifestantes que más escozor produjo en la sociedad establecida que encontraba en el rechazo a los libros la confirmación cristalina de la barbarie. Los trabajadores, sin embargo, no aludían al libro como material de lectura, sino al símbolo político y clasista de quienes los venían denigrando y atacando a Perón. La historia de estas confrontaciones se encuentra repleta de estas discordantes matrices de interpretación que durante largo tiempo parecían disfrutar su mutua inconmensurabilidad.

El significado del término *descamisado* es llamativo. El Diccionario de la Real Academia Española señala un significado coloquial, “sin camisa”, y otro significado despectivo “muy pobre, desharrapado”. En 1945, en Argentina, tuvo significados distintos. El hecho de estar en camisa, sin saco, “en mangas de camisa”, escandalizó a varios cronistas. Se sabe y se puede ver en fotos que varios manifestantes estaban con saco. Sin embargo, eran más sin saco y con camisa, lo cual era escandaloso en el centro de Buenos Aires.

Buenos Aires era muy formal en el vestir en 1945. En el centro se usaba saco y corbata con trajes de colores oscuros, así como generalmente sombrero, pero nunca la cabeza descubierta. “Los porteños, con su típica frivolidad y narcisismo, habían llegado a pensar que todo el país era así”, dice como testigo el sociólogo José Miguens. Nadie había visto a los obreros industriales que se concentraban en los alrededores de la Capital. “Y de pronto comenzaban a aparecer desde todas las calles, muertos de cansancio”, “hombres y chicos en alpargatas, con la cabeza descubierta, con pantalones muchos de ellos desflecados y *camisas abiertas* por el calor; mujeres con chicos en brazos con *camisolas* largas sin ninguna

forma de vestido, se iban concentrando en la Plaza y llenándola" (José Enrique Miguens, citado en Chavez, Fermín, 1996; subr. mío).

Es decir, tenían camisas o camisolas, pero el contraste con la formalidad de la ciudad lo convertía en "un espectáculo asombroso. Buenos Aires nunca había vista una cosa así" (ibid.)

Aunque muchas de las fotos del 17 de octubre muestran a concurrentes con saco y con camisa, incluso en la más famosa de ellas con los hombres que descansan con sus pies en la fuente de Plaza de Mayo, el término "descamisado" se torna posible porque viene a remarcar la diferencia, a generalizarla y a homogeneizar a los participantes de la movilización como pobres, que ignoran el estilo urbano y no siguen las reglas de etiqueta. Es una sinécdoque similar a la que se produce con "cabecitas negras": una parte despreciada y más fácilmente estigmatizable para la sociedad establecida, según sus criterios jerárquicos, se pretende que represente al todo heterogéneo.

Desde el punto de vista establecido las ropas permitían inferir la calidad de las personas que estaban desfilando. Algunos creen que los protagonistas no tenían camisa o que en el calor del 17 de octubre se la quitaron por el calor y que allí surgió "descamisado". En realidad, alude a que no usan chaqueta o que llevan la camisa abierta.

Son famosas las anécdotas de trabajadores pidiendo sacos prestados para ir al centro. Eso indica varias cosas. Primero, no tenían planeado ir cuando salieron de su casa, es decir, la inmensa mayoría se enteró de la convocatoria en la puerta de sus trabajos donde estaban delegados o líderes. Por eso, pedían los sacos durante esa misma mañana. Además, los pedían porque querían ir adecuadamente al centro. La sociedad jerárquica no tuvo clemencia. A los ojos porteños estaban mal vestidos y eso planteaba una fuerte cuestión estética.

El mismo 17 por la tarde el diario *Crítica* afirmó que "aparte de otros pequeños desmanes, sólo cometieron atentados contra el buen gusto y contra la estética ciudadana afeada por su presencia en nuestras calles". Polemizando con los críticos de los manifestantes, dice Félix Luna: "Claro está que se dieron escenas desagradables desde el punto de vista estético: no era un espectáculo grato el que ofrecían esas mujeres desgreñadas, esos muchachotes de astrosa pinta, esa gente sucia, sudada y vociferante. Para ver gente linda había que haber ido cuatro días antes a la Plaza San Martín" dice irónicamente, pero dando cuenta de una contundente matriz de lectura de los cuerpos.

Las ropas y sus implicancias estéticas demostraban que no eran personas con las mismas cualidades intelectuales de la sociedad establecida. Esa identificación de la pobreza material con la pobreza intelectual instituía la irracionalidad de escuchar sus reclamos o sus posiciones.

La inversión

“Descamisado” era un término polisémico: significaba “pobre”, “mal vestido” o “sin saco”. Esta ambigüedad habilita una productividad política que se percibe en el acto mismo en el cual Perón invierte el significado del término. Perón asoció a los “descamisados” con los *sans-culottes* franceses, una imagen poderosa de todo lo contrario de lo que el antiperonismo buscaba demostrar. El 14 de diciembre de ese año Perón dijo en su discurso:

“Desfilaremos por nuestras calles tranquilos, entusiastas de nuestra causa, sin calificar a nadie de chusma ni de descamisados, para contrapesar a ellos que han lanzado el calificativo despectivo. ¡Tendremos el corazón bien puesto debajo de una camisa, que es mejor que tenerlo mal debajo de una chaqueta!” (Luna, 1971:412).

Cuando terminó ese día su discurso, en medio de los aplausos, Perón tomó con la mano el asta de una bandera que portaba una camisa. Cuando agitó el estandarte, la multitud celebraba. Perón denunciaba el “calificativo despectivo”, lo reivindicaba positivamente y lo convertía en un símbolo del peronismo. El símbolo respondía a la pregunta acerca de “quiénes eran”.

A partir de allí se instituyó un ritual que comenzó a imponerse en actos peronistas con diferentes dirigentes. En un momento determinado de su discurso se quitaban el saco y quedaban en mangas de camisa, despertando el fervor de los asistentes. Incluso, si no lo hacían, esa acción podía ser reclamada por el público. El 17 de octubre de 1947 “Perón, como era costumbre, inició su discurso con la chaqueta puesta, pero ante la insistencia de la gente, accedió a quitársela (lo que haría sistemáticamente en los años sucesivos) para señalar su condición de ‘primer descamisado’” (Plotkin, 2007:198).

Las imágenes de los trabajadores que circularon en la propaganda gráfica entre 1946 y 1955 tuvieron tres versiones diferentes en sus atributos: descamisado (en particular para la conmemoración del 17 de octubre), obrero industrial y peón rural (Gené, 2005:12). En las

imágenes oficiales, en general los trabajadores están con camisas o camisolas, muchas veces arremangados o con las camisas abiertas.

Posteriormente, “descamisado” devino un término mucho más abarcativo. Así, Perón pidió “grabar la historia del descamisado desde la Colonia, desde el indio encomendero que fue el primer descamisado, hasta la etapa del 17 de octubre... Debe tomarse la época de la colonización, donde tenemos al descamisado trabajando la tierra. Luego tomarlo en la Independencia, con su caballo, luchando por ella. Ahí tenemos al ‘deshilachado’ de Güemes” (*De Perón*, 1952:70).¹⁴

Eva Perón explicó que “para mí los hombres y mujeres de trabajo son siempre, y ante todo, descamisados” (1951:115). “Descamisados fueron todos los que estuvieron en la Plaza de Mayo el 17 de octubre de 1945. (...) Aun si hubo allí alguien que no lo fuese, materialmente hablando, un descamisado, ése se ganó el título por haber sentido y sufrido aquella noche con todos los auténticos descamisados; y para mí ése fué y será siempre un descamisado auténtico” (Eva Perón, 1951: 116-117). También son descamisados quienes harían lo mismo hoy o mañana que “los primeros descamisados”, porque “es el que se siente pueblo”, “aunque no vista como pueblo, que esto es lo accidental” (idem:117).

Como dice Gené, “el descamisado ocupó la más alta jerarquía en el panteón peronista. Fue, en la memoria colectiva, símbolo del origen y del triunfo, el sujeto como extensión de un pueblo que se incorpora a la historia nacional” (2005:83).

Sin embargo, “descamisados” no habría siempre. El propio Perón consideraba que había logrado terminar con esa situación. Ante la Asamblea Legislativa, dijo en 1952 que gracias a los logros sociales de su gobierno “los que eran ‘descamisados’ en 1945 ya no son ‘descamisados’, aunque les guste y nos guste llamarlos así como un homenaje al ‘descamisado’ que todos los peronistas llevamos en el corazón” (citado en Ciria, 1983:310).

En 1947 se planificó la construcción de un Monumento al Descamisado. Hasta ese límite se imaginó desplazar la lúcida inversión realizada con efectividad por Perón en 1945. Evidentemente, hubo algo que no convenció al propio Perón, porque su gobierno concretó cosas bastantes más complejas que monumentos.

Es razonable preguntarse por qué “descamisado” y no otras categorías. Al lado de descamisado, desharrapado parece ser muy baja, de ropas rotas, de mayor pobreza. Descamisado, como oposición al traje, con una camisa *junto* a la bandera argentina, era un

¹⁴ *De Perón* (Anécdotas, recuerdos, conversaciones, citas, relatos, ejemplos). Subsecretaría de Informaciones, Presidencia de la Nación, 1952.

complemento más adecuado para *trabajadores*. Es claramente una respuesta a una acusación. El propio término implica una negación y una contraposición con los "encamisados". En aquel momento inicial guardaba una fuerte ironía que se fue diluyendo en la ceremonialidad de los años posteriores.

Perón y el peronismo encontraron en ese término un modo de incorporar a la definición de "quiénes eran" un significante más recargado que "trabajadores", ya que implicaba en su propia enunciación el desprecio de la "gente decente". Además, quitarse el saco en público implicaba varias cuestiones: que no se carecía de saco, que se llegaba al acto con el mismo y que el ritual identitario se producía en el acto voluntario de quitárselo, para quedar en camisa o incluso con la camisa arremangada. Era el rechazo a las formas tradicionales de la "decencia" establecida, como un acto voluntario de aquellos que no por eso dejarían de usar saco.

Se trata de la apropiación de un significante muy distinta de la operación realizada para afirmar positivamente "black is beautiful", o la asunción indígena por parte de los movimientos indigenistas. El peronismo, al menos en su vertiente oficial y principal, nunca actuó de ese modo. En esa ambigüedad, se jugaba una posición que podía parecer ambivalente, pero que en realidad era más compleja. A diferencia de una fuerte "cultura obrera" o "popular" completamente alternativa a la visión hegemónica, el peronismo oficial no propuso un modelo cultural diferente, sino más bien un modo más amplio de acceso a ciertos bienes o símbolos compartidos.

Esa inversión de sentido se realizó con descamisado, pero nunca con "cabecita negra". Esto tuvo fuertes consecuencias. Cuando una identificación denigratoria es apropiada por los denigrados tiene posibilidades de desaparecer como estigma. De hecho, mientras el término descamisado sólo permaneció como una categoría de autoidentificación, que implica en sí misma una denuncia de pobreza y de discriminación, el término "cabecita negra" mantuvo fuerte vigencia como forma de estigmatización virando en algunas ocasiones y según los momentos hacia "negro peronista", "negro villero", "negrada", "negro de alma", entre muchos otros.

Argentinos, patriotas

La idea de que los protagonistas del 17 de octubre eran argentinos no es una descripción del lugar de nacimiento, sino una reivindicación política. La patria y la nación aparecieron

durante todo el día 17, tanto en las banderas argentinas como en los cánticos: "Yo te daré/ te daré patria hermosa/ te daré una cosa/ una cosa que empieza con p/ Perón". Mientras aquí había cierta alegría, en otros cánticos había mucha preocupación: "La patria sin Perón/ es un barco sin timón". También en otros la nación resonaba en una denuncia: "Nos quitaron a Perón / pa robarse la nación" (Riel, 1945:63). Ese mismo día en algunas movilizaciones hubo alusiones a lo gaucho y lo criollo, vinculado a nociones de nacionalidad. Incluso esa dinámica había llegado a un cántico que hoy suena extraño, pero que entonces decía "mate sí, whisky no", donde las alusiones nacionales son evidentes, pero contienen también referencias de clase.

Cuando Perón salió al balcón a las 23hs, el locutor pidió a todos que cantaran el Himno Nacional.¹⁵ La primera palabra que pronunció Perón desde el balcón fue "trabajadores". Sólo que no sonó así como se escribe, sino que fue un grito interpelador, que le daba nombre a toda esa Plaza, y que fue respondido como un enorme entusiasmo. En su discurso, también dijo:

"Esto es el pueblo. Esto es el pueblo sufriente que representa el dolor de la madre tierra, el que hemos de reivindicar. Es el pueblo de la patria, el mismo que en esta histórica plaza pidió frente al Cabildo que se respetara su voluntad y su derecho".

Establecía así la relación entre quienes representaban el dolor de "la madre tierra", expresión cara a cualquier criollismo con influencia indígena, y el pueblo el 25 de mayo de 1810 y quienes ahora estaban en la plaza. La voluntad de estos es de integración. Perón nunca irá más allá de estas alusiones ambiguas, pero episodios como el Malón de Paz (Lenton, 2010) dejarán en claro que la integración implica diluir diferencias y particularismos.

En esa situación, Perón –según Verón y Sigal– "reconoce a los trabajadores como argentinos" y "constata la inaceptable contradicción entre el carácter de argentinos y la situación en que estos se encuentran". Afirman, además, que "bajo la mirada de Perón, los trabajadores se descubren como argentinos" (Verón y Sigal, 1987:47). Las alusiones de autoidentificación con lo nacional en contraste a la Unión Democrática que representaría lo extranjero, atravesó distintos momentos. El punto culminante se produjo cuando los Estados Unidos publicaron el Libro Azul, semanas antes de las elecciones de febrero de 1946, donde se acusaba al gobierno y a Perón de contactos con el nazismo. En lugar de

¹⁵ El hecho, mencionado por diversos cronistas, de que lo hizo para ganar tiempo porque no sabía muy bien qué decir, puede ser verídico, pero no niega que por el motivo que fuese lo que hizo fue entonar el himno y no otra cosa.

defenderse, Perón mandó a publicar el "Libro Azul y Blanco" y a centrar la campaña electoral en una única consigna: "Braden o Perón".

La peculiar actuación del Embajador estadounidense Braden como jefe de la oposición, la falta de pudor de los partidos políticos argentinos acerca de ese rol y el rechazo que esa actitud despertaba en amplios sectores de argentinos, colaboraron en la estrategia peronista de identificarse con la nación.

Lobato plantea que "en la tradición inaugurada por el discurso oficial del peronismo, los trabajadores nativos portadores de la nacionalidad era los que ocupaban un lugar privilegiado en el nuevo campo de representaciones simbólicas" (2004:63). Así, la cuestión nacional estuvo presente desde los inicios en las representaciones peronistas y se articuló de modo peculiar con las referencias criollas.

Criollos

En su estudio clásico sobre el discurso criollista, Adolfo Prieto señaló las funciones que desempeñó en tres grupos sociales a fines del siglo XIX y en las primera décadas del XX. Para los habitantes nativos que miraron del campo a la ciudad, el criollismo fue "una expresión de nostalgia o una forma sustitutiva de rebelión contra la extrañeza y las imposiciones del escenario urbano". Por su parte, para los inmigrantes europeos (que lo consumieron con fruición) fue una "forma inmediata y visible de asimilación". En tercer lugar, para dirigentes tradicionales fue un "modo de afirmación de su propia legitimidad y el modo de rechazo de la presencia inquietante del extranjero" (Prieto, 2006: 64 y 163).

Estos usos tan distintos y con tensiones daban cuenta de una ambivalencia. Adamovsky ha planteado que el criollismo también desempeñó una cuarta función: la de "hacer visible y tematizar la heterogeneidad étnica de la nación, en particular su componente mestizo y sus colores no-blancos, invisibilizados por otras intervenciones discursivas poderosas que la postulaban blanca y de origen europeo" (2014:51). Las apelaciones a lo criollo, desde fines del siglo XIX hasta 1940, ampliamente difundidas en la literatura, en la música popular, en las radios implicaban un desafío ambiguo y nunca confrontativo respecto de los discursos europeístas.

El término pasó de identificar a los hijos de los peninsulares nacidos en América, a una idea abarcativa de "nacimiento local" que, durante el auge del discurso europeísta -donde la migración europea significaba la civilización-, fue asociado con la barbarie. Sólo después

fue crecientemente vinculado a un discurso de la nacionalidad. En ese sentido, lo criollo se asoció al gaucho, al indio, al noroeste y a Cuyo, lo cual implicaba un desvío respecto de el *locus* pampeano. Adamovsky da cuenta de la ambivalencia en los modos de nombrar el color de piel de los gauchos: "rostro moreno", "piel cobriza", "moreno, de un color suave", "blanco colorado" con ojos verdosos, "hombre de color", "tez bronceada", "tez aindiana", "tez morena" o "cetrina", "negrita gaucha", "morocha picante" y así, haciendo también un lugar a los "negros" (2014: 66-72). En otras palabras, un término que no marca una identificación única, sino como negación de una blanquitud homogénea.

Tanto los pueblos originarios como los afroargentinos que elegían el camino de la integración utilizaban el término *criollo*. Esta cuestión de la "integración" resulta crucial, porque ninguno de estos usos "confrontaba abierta o explícitamente con los discursos blanqueadores" (idem:83). Incluso cuando esos discursos sean más visibles, en la época del peronismo, "aparecerá de manera tímida, en los márgenes del movimiento, nunca en sus principales líderes" (idem:88).

Así que "criollo" alrededor de 1945 era claramente un término disputado. No sólo estaba asociado al valor negativo, como en las argumentaciones de la izquierda contra la "política criolla". En un discurso ante los ferroviarios, a mediados de 1944, Perón dijo que estos trabajadores podían ser considerados como "modelo de organización sindical, en primer término porque representan un sindicato *netamente criollo*, como nosotros lo anhelamos (...), indicando eso lo que puede ser una buena organización regida por dirigentes auténticamente trabajadores, argentinos, patriotas y con un verdadero sentimiento del gremialismo nacional" (citado en Del Campo, 1983:146; subr. mío).

En los días previos a la asunción de Perón, la prensa que lo apoyaba –como *La Época*– recordó unos versos del *Martín Fierro* de José Hernández. No sólo aquellos más sencillos como "Debe el gaucho tener casa/ escuela, iglesia y derechos". También otros que muchos interpretaban como premonitorios: "Tiene el gaucho que aguantar/ hasta que lo trague el hoyo/ o hasta que venga algún criollo/ en esta tierra a mandar".

Con belleza poética, también el gaucho (ahora devenido metáfora de lo popular), tenía una opción de hierro: aguantar hasta la muerte o que el criollo mande. Postular a Perón como el criollo que venía a mandar, como profecía del *Martín Fierro*, adquiriría otra intensidad. Sin embargo, retomaba una percepción más extendida.

Hacia fines de 1944 los dirigentes de la fundada poco tiempo atrás Unión Obrera Metalúrgica tuvieron una reunión con la Secretaría de Trabajo y acordaron una reunión

donde Perón le hablaría a los metalúrgicos. Decenas de miles se hicieron presentes. Cuando Perón instó a los trabajadores a formar un sindicato poderoso para defender los derechos y la soberanía nacional, hubo una interrupción. Un metalúrgico gritó:

-¡Así habla un criollo!

Las banderas y cartelones se agitaron aprobando lo dicho por el obrero (ver Perelman, 1961:53).¹⁶ Esa interpretación (implicada en el grito y los aplausos) no fue un hecho aislado. Durante la campaña electoral, relató Raúl Bustos Fierro, "en Salta, 200 jinetes rodearon el tren y nos dieron una serenata con sus guitarras. Una delegación de indios visitó el tren en Jujuy. La únicas palabras que dijeron en español fueron: 'Perón jefe indio'" (Page, 1999:177). El 28 de diciembre, en su campaña electoral, Perón llegó a La Rioja. En su discurso dijo: "Nuestro movimiento enraiza ya con la época en que el conquistador representaba a la oligarquía y el criollo a la plebe" (citado en Luna, 1971:416).

En 1947 hubo una polémica entre el dirigente socialista Alfredo Palacios y el canciller Bramuglia que había pertenecido al mismo partido, ya que el primero lo había mencionado al argumentar el papel de aquel partido en la legislación obrera.¹⁷ La dura respuesta del canciller, termina con un recuerdo de un viejo criollo analfabeto, "de quien aprendí a ignorar el menosprecio de los sabios".¹⁸

Estos usos de "criollo" trascendían el universo político y abarcaban formas de desprecio de clase de la elite. Adolfo Bioy Casares, un escritor miembro de las clases tradicionales, escribió en su propio diario sobre el escritor Martínez Estrada que "era enjuto (...), labios finos, voz criolla. (...) Su ignorancia era enciclopédica". Y menciona un supuesto error de pronunciación del inglés. "No sé por qué me dio por imaginarlo como un viejo cochero criollo", con "una perceptible sabiduría hecha por ignorancia y de malos sentimientos". Dos veces, en un diario personal, utiliza el término criollo para referirse a Martínez Estrada asociándolo a la ignorancia. En sus memorias dice que Martínez Estrada no quería molestar a Perón (ver Ferrer, 2014: 341 y ss). Hay una percepción secuencial de Bioy Casares por la cual la desigualdad de status se vincula a lo criollo y al peronismo que, por otra parte, a Martínez Estrada (1956) le resultaba revulsivo.

¹⁶ Aunque este relato de Perelman es bastante conocido, interesa señalar que sus datos permiten diferentes interpretaciones. Por ejemplo, en su análisis del sindicalismo, Hugo del Campo menciona el mismo relato y lo cita, pero se saltea –deja con paréntesis (...)– esta mención al "criollo" (183). Es decir, mientras en su perspectiva es un dato sin importancia, en la que desarrollamos aquí es un dato relevante.

¹⁷ Se trata de un tema que merece desarrollo para entender al antiperonismo. La idea de que Perón le robó las leyes al Partido Socialista, difundida por dirigentes de ese partido, resultaba incoherente con la idea de que esas leyes eran demagogia o algo despreciable. La reivindicación de la autoría intelectual, era el síntoma de un cambio, pero ese cambio no perdía la modalidad de la denuncia.

¹⁸ El Mundo, La Nación y Clarín, 9-8-1947.

Si tomamos los significados reivindicatorios señalados por Perelman y asociados al Martín Fierro, también podemos inferir otras grietas culturales y comunicativas entre las amplias corrientes populares que reivindicaban lo criollo, y quienes denunciaban la "política criolla" y utilizaban el adjetivo de modo despectivo.

El gobierno peronista siempre habilitó esos discursos criollistas, pero jamás puso en cuestión las ideas de la nación blanca. Predominaba la idea de homogeneidad del pueblo, donde la única diferencia relevante eran los disidentes que, por lo tanto, se identificaban como antipopulares, antiperonistas y antinacionales. Al mismo tiempo, sin embargo, su confrontación inicial con el comunismo y los Estados Unidos lo llevaron por distintas vías a acentuar fuertemente una reivindicación de lo nacional, que adquiría potencia emocional con prácticas y representaciones criollistas.

Cabecitas negras

Buenos Aires es "una ciudad de raza blanca y de habla española. (...) Es la ciudad blanca de una América mestiza. En ella un negro es tan exótico como en Londres. Y un gaucho también". Son palabras muy satisfechas que escribe en 1945 Florencio Escardó, al publicar su *Geografía de Buenos Aires*. Escardó era médico, tuvo una cátedra que hacía trabajo social y asistencial, posteriormente sería decano de la Facultad de Medicina de la UBA y Vicerrector de la misma universidad. Buenos Aires, además, "es mucho más blanca (blanquísima) que Nueva York, que para conservarse blanca tiene que hacer racismo a piedra y lodo. Tampoco tiene aindiados ni mulatos. Sus hombres y mujeres no poseen todos el mismo color ni en la piel ni en el cabello, pero son blancos" (1945:18). Esto es una "buena posibilidad eugénica" que coincide con que Buenos Aires sea "la sede los colonizadores y no de los colonizados" (*ibid.*). Cuando en su época de oro, la Editorial de la Universidad de Buenos Aires decidió reeditar el volumen en 1966, las palabras anteriores permanecieron intactas.

En esa ciudad blanquísima, irrumpieron los manifestantes de octubre:

"lo más singular del 17 de octubre fue la violenta y desnuda presentación de una nueva realidad humana (...). Y eso es lo que resultó más chocante a esta Buenos Aires orgullosa de su rostro europeo: reconocer en esa hora desaforada que tenía el *color de la tierra*, una caricatura vergonzosa de su propia imagen. Caras, voces, coros, tonos desconocidos: la

ciudad los vio con la misma aprensión con que vería a los *marcianos*" (Luna, 1971:271, *subr. mío*).

Un contundente contraste se produce entre el rostro europeo y el color tierra, que aparecía para la sociedad establecida como algo completamente ajeno a sí misma. Esa irrupción provocó "un rechazo instintivo, visceral, por parte de quienes miraban desde las veredas el paso de las turbulentas columnas" (idem:273). "*Rostros morenos y pelos renegridos* conformaban el rostro proteico de esa multitud pobremente vestida" (idem:275; *subr. mío*).

Luna narra autobiográficamente que en las reuniones con sus amigos, generalmente universitarios, ellos creían que realmente no había peronistas. Cuando tenían oportunidad de salir con una chica siempre pertenecían a las filas de la oposición. En su descripción de su propia actitud como joven radical el 17 de octubre de 1945, dice: "los mirábamos desde la vereda, con un sentimiento parecido a la compasión. ¿De dónde salían? ¿Entonces existían? ¿Tantos? ¿Tan diferentes a nosotros? (...) Ese día, cuando empezaron a estallar las voces y a desfilar las columnas de rostros anónimos *color tierra*, sentíamos vacilar algo que hasta entonces había sido inmovible" (1971:321; *subr. mío*).

El carácter homogéneo, moreno o mestizo, de los manifestantes resulta contundente. Puede dudarse legítimamente de la justeza de la descripción, pero no de cuán representativa sería dicha percepción de la diferencia de clase como diferencia racial. Luna, un cuarto de siglo después, no tiene connotaciones peyorativas para dicha diferencia, sino que su intención consiste en mostrar cuán parcial era la visión que su grupo tenía de la sociedad argentina. Lo cual, aclaremos, no lo lleva a modificar su identidad política, sino a tratar de entender aquel momento de incompreensión.

El término "negro" en la Argentina tiene distintos usos, incluso en ciertos contextos es un término de proximidad y afectividad, que puede ejemplificarse tiempo después en la alusión a Mercedes Sosa como "la negra" Sosa. Esos usos no se confunden con su sentido racista en contextos muy claros. La elite tradicional ya había aludido a "los negros radicales", en referencia a quienes apoyaban a Irigoyen (Cantón en Fayt, 1967:343). Ni una gota de cariño había allí, puro desprecio.

El estallido del imaginario blanco encontró diagnósticos y pronósticos en otro médico. Juan Carulla veía con espanto "el resurgimiento de *la raza de color*" en América, proceso que él designaba como "*América se negrea*" (1951:264), queriendo decir "ennegrece". Su angustia aumentó, según describe, ante "la revelación evidente de que Argentina también se negrea", prueba de lo cual era que las últimas manifestaciones callejeras que había

contemplado en Buenos Aires estaban "compuestas, en su gran mayoría, de mestizos y aun de indios" (*ibid.*).

¿Qué es el cabecita negra? Es del interior y tiene ascendencia indígena. Viene de las provincias intocadas por la modernidad, de zonas presumiblemente rurales. Con lo cual queda claramente enmarcado en las dicotomías argentinas de tradición y modernidad, civilización y barbarie, capital e interior, urbano y rural, culto e inculto.

Las categorías de discriminación no siempre se prestan a definiciones simples y unívocas. Se supone que el "cabecita negra" alude al color de pelo, generalmente al "pelo duro" y muchas veces a una piel oscura. "Piel oscura" es una fórmula ambigua: no significa "afro" y la oscuridad de la piel puede no ser una cuestión específicamente cromática, sino más bien de jerarquía social. Supuestamente, el cabecita negra es específicamente el obrero llegado desde las provincias, de rasgos aindiados, con el cabello hirsuto y renegrido.

De este modo, se construye un "otro" negro (en el sentido argentino de "no-blanco") que, evidentemente, resulta crucial para poder definir la propia identidad blanca, europeísta, urbana, educada y antiperonista. La presencia de los "cabecitas negras" en la capital hizo añicos el mito de la homogeneidad y singularidad argentina, al tiempo que produjo como reacción una visión racial de una clase media blanca durante la época peronista (Adamovsky 2009; Garguin 2007). Asimismo, hace algunas décadas, Colin M. Winston (1983) y más recientemente Natalia Milanesio (2010) afirmaron que fue la clase media (y un número de intelectuales posteriores) los que denostaron y racializaron a los militantes peronistas llamándolos «cabecitas negras» (Winston 1983: 312; Milanesio 2010b).

La cuestión es que al mismo tiempo resolvía varios problemas. Acusaba de indignos a quienes apoyaban a Perón, los homogeneizaba como no-blancos y, por último pero no menos importante, afirmaba la identidad blanca de los estigmatizadores.

"Cabecitas" nace como la racialización de los seguidores de Perón, que a su vez no tienen un rasgo racial definido. En su vida posterior, que presenta vínculos con el uso del término "negro", mostrará una capacidad amplia en relación a los sujetos a los que se refiere. ¿Por qué? Porque son términos raciales que aluden a personas "inferiores", con "menos educación", "poca cultura", que "no saben comportarse", son "peronistas". Actualmente, en sus usos racistas el término "negro" en Argentina alude a personas de cualquier color de piel, con tal de que sean inferiorizables por razones sociales, políticas, culturales, urbanas o cualquier otra (Frigerio, 2006; Adamovsky, 2012b; Grimson, 2012). ¿Realmente los seguidores de Perón eran heterogéneos y la sociedad establecida veía más "cabecitas" de

las que había en la realidad? ¿O más bien, todos los peronistas eran “cabecitas”? En las imágenes del 17 de octubre de 1945 y de las movilizaciones posteriores, en las fotos de dirigentes sindicales y fundadores del Partido Laborista, en todas las imágenes de los peronistas, vemos personas de diferentes colores de piel y rasgos fenotípicos. Había una heterogeneidad que fue anulada por los antiperonistas y posteriormente también por muchos peronistas.

Si la idea de una nueva clase obrera auténticamente argentina podía ser de utilidad contra los partidos “extranjerizantes” (ver supra), hubo intervenciones que fueron construyendo una mística y una épica a través de ese sujeto. Para algunas interpretaciones muy cercanas al peronismo, esta clase obrera tenía marcas de la patria, de la nación, de los que pelearon la independencia, del folclore, de la cultura nacional que se opondría al cosmopolitismo europeizante de Buenos Aires. Los intentos de “inversión” del término, como los de Ramos y Belloni ya citados, son posteriores a 1955. Jamás provendrían del propio Perón ni de los principales dirigentes peronistas.

Pensar a los “cabecitas negras”

Durante los años del primer peronismo y durante los quince años posteriores, no hubo un solo análisis académico que considerara la cuestión de los “cabecitas negras”. A pesar del crecimiento de las ciencias sociales, la herida que mostraba el racismo argentino iba a quedar relegada. Los cambios comenzaron sólo en los años sesenta. En 1961, Germán Rozenmacher publica un cuento titulado “Cabecita negra” que narra relaciones racistas en Buenos Aires, a la vez que postula una metáfora más abarcativa sobre las clases medias. En 1966, en las páginas finales de *El medio pelo en la sociedad argentina*, Jauretche introducía por primera vez el problema del racismo argentino y su negación. El individuo o grupo “medio pelo” es aquel que trata de aparentar un status superior al que en realidad posee. Desde una posición de crítica del sentido común, Jauretche aborda aquí la configuración económico-social e imaginaria de las aspiraciones de la distinción que constituyen todo un estilo de posicionamiento ante la sociedad. Analiza el dispositivo de jerarquizaciones étnicas y raciales que se remontan a Sarmiento y que muestran su vigencia en el surgimiento del peronismo (1966:306 y ss).

Dos estudios muy diferentes, con alguna relación variable con lo académico, nos permiten aproximarnos a los significados sociales que este término tenía para las clases altas y medias de Buenos Aires. El primero es un estudio sociológico de De Imaz, que implementó

una encuesta a miembros de la clase alta de Buenos Aires a fines de los años cincuenta. El hecho de que el estudio se haya realizado después de la caída de Perón resulta relevante, ya que los encuestados se podían sentir completamente libres en sus respuestas.

En 1958-1959, De Imaz pregunta con agudeza: "A veces la gente habla de 'negros' o de 'cabecitas negras'. ¿Considera usted que esos términos son simplemente despectivos o que reflejan realmente a un grupo social?". El 55% afirmó que "refleja una realidad social", mientras el 36% dijo que era un término despectivo. Después preguntó: "¿Cree usted que dichos titulados 'negros' o 'cabecitas negras' también podrán con el tiempo ascender en la escala social. O mejor, que ascenderán?" El 49% respondió que no ascenderían y el 42% dijo que "ascenderían o podrían ascender".

De Imaz describe un listado de motivos por los cuales ascenderán o podrán ascender: "porque poco a poco se educan y adquieren cultura"; "porque debe haber algunos inteligentes"; "por la acción del tiempo"; "porque el mestizaje no es valla infranqueable"; "siempre que tengan condiciones"; "porque tienen aptitudes para lograrlo"; "individualmente, en grupo no". Motivos generalmente imprecisos y que en todo caso resultan reticentes respecto de la afirmación de que ascenderán: ni muchos, ni juntos, ni ahora; dependerá de varias condiciones.

Pero quienes dicen que no ascenderán afirman: "por su falta de educación y cultura"; "porque les faltan aspiraciones"; "por causas raciales"; "dado el medio negativo en el que viven". También hay encuestados que responden por "falta de principios", "por ser haraganes o ineptos", "porque no les interesa mejorar", "son tarados", "carecen de capacidad y voluntad", "les falta moral" (De Imaz, 1965).

Con agudeza De Imaz dice tener dudas "de que estas respuestas puedan interpretarse exclusivas del grupo social" encuestado, sugiriendo que posiblemente también incluya a sectores medios (1965:53-55). Resulta relevante notar que en la cuidadosa formulación de sus preguntas, De Imaz utiliza como sinónimos "negros" o "cabecitas negras".

El otro estudio es el análisis antropológico realizado por Ratier, que por primera vez toma como objeto de análisis al "cabecita negra". Durante un cuarto de siglo no encontraríamos nuevos trabajos sobre el racismo como dimensión central de la vida política en Argentina. A partir de información de su propio trabajo de campo en zonas populares, pero también de sus vivencias, Ratier combina la denuncia con un análisis de los significados del término.¹⁹

¹⁹ Ratier consideró su texto como autobiográfico (Guber, 1999:109).

Texto pionero en el análisis del racismo argentino, de los términos “cabecita” y “negro”, de las relaciones clase y raza, o de la noción de “blanquitud” (1971:9). Ratier confronta el imaginario de que “la Argentina no es un país racista” con las prácticas de exclusión de lo no-blanco. Enfatizaba “el matiz político que puso sal en el enfrentamiento cuasi-racista de porteños y provincianos: ser ‘negro’ era ser peronista, y viceversa. Y los negros pisaban fuerte” (1971:13). “En el choque entre porteños y ‘cabecitas’, en la ciudad aparece tímido, vergonzante, el racismo argentino, un viejo fantasma que siempre nos acompañó” (idem:15). ¿Racista o cuasi-racista? Es que Ratier entiende que es más “un racismo por omisión que por afirmación” (idem:17), porque se piensa más de lo que se dice que las “razas” europeas son superiores. Pero “el racismo forma parte principal del bagaje ideológico con que se organizó el país después de Caseros” (idem:18). Y cuando llegan las migraciones internas y el año 45, “todas las armas son buenas en el enfrentamiento, incluido el prejuicio racial. Son ‘negros ensobrecidos’, ‘cabecitas negras’” (1971:32). Al igual que en De Imaz, “negros” y “cabecitas negras” son sinónimos.

Al mismo tiempo, Ratier desbiologiza el racismo, en el sentido de que percibe un enfrentamiento político y social que tiene un condimento racial. Por eso, insiste con que en los apoyos a Perón no sólo había “mestizos”, sino también rubios y gringos (idem:33). Insiste que en la celebraciones que se harían durante la década peronista del 1 de Mayo y del 17 de octubre en la Plaza de Mayo “no había sólo ‘cabecitas’. Pero no importa: la denominación social lo englobaba” (idem:38). Es decir, se designaba como “cabecita negra” a quien apoyaba a Perón, aunque no fuera ni mestizo ni provinciano. Es decir, si eran “adictos” a Perón eran vistos como negros, es decir, que la identificación política está racializada.

Ratier plantea que un rasgo clave que define a los “cabecitas negras” es que son peronistas. Según Moffat, las clases medias continuaban asociando a los cabecitas con Perón, incluso doce años después del golpe de Estado (en Melanesio, 2010).

Como “cabecita negra” ha sido un término de la oralidad, nos vimos obligados a recurrir a textos posteriores. Son textos desconocidos o poco citados, porque las grandes disciplinas y los grandes autores nunca se han ocupado de escribir sobre estas cuestiones. El racismo argentino puede negarse porque tiende a ser visto como un elemento anecdótico y desagradable. No se comparte esta tesis: la sociedad argentina está constituida sobre las jerarquizaciones de ese racismo que no se estudia, salvo en las nuevas generaciones.

Por eso, considero que hay que reivindicar las reflexiones de Félix Luna en *El 45*, publicado originalmente en 1969. Si bien Luna no tiene una teoría sobre el clasismo y el racismo,

intenta describir las percepciones sobre esa nueva alteridad desde una mirada reflexiva que permite acercarse a los modos de mirar de la sociedad establecida:

“Esa *gentecita morocha* y humilde, leal y decidida que era igual a la que en las jornadas de octubre había salido a defender a su jefe (...) en febrero depositó silenciosa y disciplinadamente su voto (1971:485).

Hay una ironía en Luna, pero es acerca de las percepciones de su propio grupo, no sobre esa “gentecita”. Tomado literalmente podría ser criticado, pero él está explicando críticamente el modo en que ellos pensaban y categorizaban.

Otro detalle que expresa el modo de ver de Luna se refiere al primer vicepresidente de Juan Domingo Perón, J. Hortensio Quijano, un radical nacido en la provincia de Corrientes. Dice que era “el típico ‘rubichá’ correntino”, siendo rubichá el cacique o “jefe de la tribu” en guaraní. Agrega después que tenía un “rostro de cacique toba” (idem:159-160). Se descuenta que Luna apela a metáforas indígenas sin preocupación alguna por la precisión, que no era abundante en su época respecto de dos grupos tan diferentes como los guaraníes y los tobas o qom. Pero para nuestros intereses aquí interesa señalar que para describir a Quijano, Luna necesitaba no sólo mencionar su correntinidad, sino rasgos de comportamiento y fenotípicos que, para él, remitían a la indigenidad.

Obviamente, son todos textos de fines de los sesenta e inicios de los setenta. Esto estaba vinculado al clima de época. A tal punto que Escardó publicó su *Nueva geografía de Buenos Aires* en la cual alude a las frases citadas, reproducidas idénticas sólo cinco años antes, sobre la blanquedad de Buenos Aires diciendo ahora que “nada de esto puede ser repetido con exactitud” (1971:75). Sucede que “el interior, es decir, América, ha efectuado su marcha sobre Buenos Aires”, “casi inmediatamente después de la salida de la edición primera de mi libro”, en 1945. En realidad, sabemos que las migraciones internas habían comenzado una década antes. Lo que sucedió después de su libro fue el 17 de octubre y el triunfo electoral de Perón. “La sangre mestiza hizo su irrupción en la urbe”, dice, y describe a todos los migrantes como portadores de ascendencia indígena. “La ciudad *blanca* los resistió apodándolos *cabecitas negras*”. Los sociólogos, fabula, “se apuraron a señalar el apodo como el índice indiscutible de una discriminación. Pero no hubo tal; en la mecánica del rechazo verbal se ocultó una rabiosidad política pero ni racial ni contrahumana; la propia palabra *cabecita* contiene un diminutivo cariñoso y se asimiló al nombre de un amable

pájaro criollo" (1971:76).²⁰ Negando todo racismo y olvidando rectificar su frase acerca de la "buena posibilidad eugénica" de la blanquitud porteña, apunta diferencias culturales entre unos y otros habitantes de la ciudad.

En aquel clima, en su última contribución a los debates sobre el peronismo, Gino Germani también se detuvo unas líneas en la noción de "cabecita negra".

"El componente "criollo" de la nueva clase trabajadora fue tan prominente que produjo la aparición de un estereotipo: el "cabecita negra", *que a su vez fue sinónimo de peronista*. Como todo estereotipo, poseía grandes distorsiones, *pero también una fuerte base de realidad*. Fue reconocido por todos: la clase obrera y la media, los peronistas y los antiperonistas, si bien con reacciones emocionales opuestas. (...) *En un país tan llamativamente libre de prejuicios étnicos, este estereotipo adquirió peso emocional debido a su contenido político e ideológico, desapareciendo en el período posperonista con el surgimiento de un peronismo de clases medias, las alianzas ideológicas y los cambios culturales de la sociedad*" (1973:466; subr. mío).

La "fuerte base de realidad" se constataría en que estaban todos de acuerdo en la "nueva clase obrera", para algunos "auténtica", para los otros "falsa". Extraño procedimiento metodológico para constatar la veracidad de un estereotipo. Evidentemente, nociones como "sentido común" todavía eran ajenas a nuestros principales sociólogos. Los consensos clasificatorios son eso: nunca prueba de veracidad. Pero además llama la atención que, después de largas décadas de silencio sobre el término, sólo puede hablarse de él si en el mismo acto se declara su desaparición. Es comprendiendo cuán constitutiva es esta visión de la Argentina que puede pensarse la vigencia de este silencio sobre el tema en la mayor parte de más de una generación. Ya desaparecido en 1973, "negro" (utilizado por De Imaz como sinónimo) tiene hoy una enorme vitalidad estigmatizante que desmiente el imaginario de una Argentina "libre de prejuicios étnicos" (ver Grimson, 2012 y 2014; Adamovsky, 2010; Frigerio, 2006; Segato, 2007; Caggiano, 2010).

Regresando a la primera década peronista, este gigantesco proceso de estigmatización instituyó una frontera del desprecio, que afectaba a toda la masa de adherentes al peronismo que proviniera de sectores populares. En ese sentido, es probable que los antiperonistas hayan visto más "cabecitas negras", más migrantes del interior, de los que

²⁰ Efectivamente, hay un pájaro llamado "cabecita negra". La versión de que ese sería el origen del término, difícil de verificar, tiene un componente lingüístico a su favor, muy difícil de explicar: el artículo "el", masculino, es seguido en la fórmula por un sustantivo y un adjetivo femeninos.

había en esa masa heterogénea. Racismo y clasismo se intersectan de modo poderoso en la noción de cabecita negra.

La oposición a Perón nunca realizó una crítica de ese racismo. Por su parte, el mundo académico sólo en los últimos años ha retomado el impulso bastante aislado de autores como Ratier. Se siguen escribiendo historias sobre el peronismo o sobre la Argentina sin analizar ese racismo.

Por último, el peronismo nunca hizo una operación similar con "cabecita negra" a la que había hecho con "descamisado". Esto es relevante para comprender el modo en que opera el peronismo ante "cabecita negra" y "negro". No habrá una reivindicación positiva de una identidad negra, indígena o mestiza en el gran movimiento de masas ni en los grandes discursos. Nunca se diseñó el monumento al cabecita negra, nunca fue reivindicado por Evita o Perón.

No habrá un desafío abierto a la idea de una Argentina blanca. Los trabajadores querían incorporarse a la sociedad, incluso querían ser aceptados por quienes los denigraban. El poder del estigma "negro" fue gigantesco porque jamás se lo enfrentó abiertamente. Al calificar una identidad de clase y política, era claro que cualquier persona que saliera de ese mundo dejaría de ser "negro". Para Winston, la explicación era que

"the term *descamisado* rather than cabecita negra most accurately describes the average Peronist worker. (...) Both terms were derisively applied to Peronists by their enemies, but the regime embraced the concept of the *descamisado* while cabecita negra became virtually a forbidden expression under Perón. This alone suggests that the movement wanted to appeal to the entire working class and not to one segment over another" (Winston, 1983:313).²¹

Si bien este argumento es interesante, creo que hoy podemos ver las cosas de otro modo. Es sencillo mostrar que no puede ser la razón principal: no todos los trabajadores eran literalmente descamisados, ya que hemos mencionado las desigualdades salariales y de

²¹ "el término *descamisado* en lugar de cabecita negra describe con mayor precisión el trabajador peronista medio. Ambos términos se aplicaron con sorna a los peronistas por sus enemigos, pero el régimen abrazó el concepto de descamisado mientras cabecita negra se convirtió prácticamente en una expresión prohibida bajo Perón. Esto por sí solo sugiere que el movimiento quiso apelar a toda la clase trabajadora y no a un segmento sobre otro" (Winston, 1983:313; mi trad.).

vestimenta internas de la clase trabajadora. "Descamisado" es también una sinécdoque tanto en su origen estigmatizante como en su identificación.

"Descamisado" era un término que aludía a la etiqueta y por lo tanto podía ser respondido, disputado y apropiado. "Negro" y "cabecita negra" era tan poderosamente despectivos que ni siquiera podían ser enunciados y denunciados en voz alta. Podría haber sido sistemáticamente rechazado por el Estado como término racista desde 1946, sin haber intentado que fuera una identidad abarcativa. Pero para ello había que proponer un nuevo imaginario social, fenotípica y étnicamente heterogéneo.

¿Por qué no hubo una reivindicación de los cabecitas negras o como cabecitas negras?

El imaginario de la Argentina blanca, que operaba el mecanismo de estigmatización, producía en los trabajadores una cierta ambivalencia. "Negro" era el excluido, el no argentino, mientras que ellos querían ser ciudadanos argentinos y estar incluidos. La opción de atacar directamente el imaginario homogeneizante parecía arriesgada cuando Perón estaba planteando una promesa y un discurso de inclusión.

Sólo con posterioridad y para grupos acotados se fue construyendo un relato épico de los cabecitas negras, que en 1945 no tenía ningún valor de reivindicación para los trabajadores.

Para Guillermo David "el cabecita negra será así la versión aceptable del hijo del país, negando su identidad indígena pero sujeto de derechos sociales". Serán "la columna vertebral del movimiento peronista" "a condición de travestir la indignidad en el discurso obrerista y mediante la adscripción identitaria amalgamante –nacional y social- propia del peronismo" (2013:27). Para precisar, señalemos que será sujeto de derecho como obrero, descamisado, grasita, pero no explícitamente como cabecita negra, que siempre fue un término peyorativo, nunca reivindicado como propio en aquellos años.

A diferencia de sociedades como la estadounidense del sur de mediados del siglo XX, donde la jerarquía y la exclusión se perpetúan sobre la base de un lenguaje explícitamente racial, la Argentina peronista no exige en el mismo sentido construir un movimiento de reivindicación positiva de una identidad denigrada. El Estado termina superficialmente con esa denigración y avanza jurídicamente en nuevos derechos.

Junto a ese lenguaje "moderno", obrero, sindical, peronista, habitarían otros procesos culturales, donde aquellas historias culturales se recrearían, sin desafiar abiertamente los modos de imaginar la comunidad nacional.

Perón, ¿mestizo?

Rosas y Perón, cada uno en su caso, eran considerados “dictadores” o “tiranos”, pero las estigmatizaciones raciales no se utilizaban contra sus personas. Si Rosas manejaba a “los negros”, Rosas no era negro. Que Perón “manipulara” a los “cabecitas” no lo convertía en uno de ellos.

Y sin embargo, Perón tenía ascendencia indígena, lo cual viene a mostrar, de modo elocuente, hasta qué punto operan aquí las “razas” como modos de clasificación. Los rasgos fenotípicos pueden indicar la negritud, pero también las ropas o los modos de hablar. Igualmente, la posición social puede asegurar el blanqueamiento.

Toda esa ambivalencia y silenciamiento de las alusiones de “cabecita negra” y de sus connotaciones de mestizaje, se plasman en la invisibilidad general, para peronistas y antiperonistas, de las ascendencias indígenas del propio Perón. La importancia de esto es que en otros contextos identitarios eso podría haberse traducido en el presidente mestizo o indígena, tanto en términos reivindicativos como denigratorios. Pero sólo hubo ausencia de alusiones, tal como Perón mismo había deseado.

Por ejemplo, ya en 1944 un dirigente sindical dice que Perón es “el primer trabajador”. Esa categoría personalizada será referida numerosas veces por él mismo y por sus seguidores, incluida posteriormente en la célebre “Marcha Peronista”. Cuando se fundó el Partido Laborista, los dirigentes sindicales le ofrecieron ser “el primer afiliado”, algo que él no aceptó porque no quiso adherir a uno u otro de los partidos que lo apoyaban, que prontamente disolvió después de su triunfo. A nadie se le ocurrió que Perón sea “el primer cabecita negra”.

“Cabecita negra” no era una definición vinculada sólo a rasgos fenotípicos, al carácter migratorio o a la sangre indígena. En el caso de Perón, como en muchos otros, la clase predominaba sobre otros rasgos y blanqueaba a las personas. Por supuesto que esto solía ser, como en su caso, el resultado de un esfuerzo y trabajo de ocultamiento en función de poder acceder y ascender en la carrera militar.

La cuestión indígena no parecía estar ausente en Perón el propio 17 de octubre. Terminó su discurso diciendo: “quiero en esta oportunidad, como simple ciudadano, mezclado en esta masa sudorosa, estrechar profundamente a todos contra mi corazón, como lo podría hacer con mi madre”. Además, como ya hemos citado, dijo: “Esto es el pueblo sufriente que representa el dolor de la madre tierra, el que hemos de reivindicar”. Es interesante que en

un discurso como este, que se conoce hace tanto tiempo, haya pasado desapercibida una ambivalencia que, a mi juicio, es relevante.²²

La madre de Perón era hija de madre tehuelche y de padre santiagueño de habla quechua. Perón aludió muy escasamente a ella en sus discursos y en los hechos siempre se mantuvo en los años siguientes apartado de esa rama de su familia. Perón era “mezclado” y en su infancia patagónica tenía una cierta comprensión del tehuelche (ya araucanizado) que era la lengua de los peones (ver David, 2013:22). Barreiro (2000) ha detallado los esfuerzos de Perón de ocultamiento de su ascendencia indígena, ya que en el contexto del racismo predominante era necesario cuando su carrera militar era sólo una aspiración. Además, debía ocultar que era “hijo natural”, algo muy mal visto en la época, ya que sus padres se habían casado después de su nacimiento.

Retornando al discurso del 17 de octubre, el lector podría decirnos que la alusión desde el balcón de Perón a la “madre tierra” y a su propia “madre” no dan cuenta de modo contundente de ninguna alusión indígena. Que, más bien, parece una alusión ambigua y poco clara. Allí creemos que radica una de las claves en el manejo de lo “indígena” en aquellos días. Se lo invisibiliza, a veces se lo cubre con sacos y gomina, otras veces se realizan alusiones ambivalentes.

Por eso, tampoco llama la atención la visión que Perón tenía de la raza. En ocasión de un homenaje a Cervantes celebrado el “día de la raza”, Perón aludió de modo específico a este concepto. El contexto era el de un homenaje a España como una adhesión a la cultura occidental. La celebración de su obra civilizadora en América. Lo contrario de que lo criollo se opone a lo colonial, como había dicho tiempo atrás. Es decir, en el marco de una matriz civilizatoria, cercana en aspectos clave a una versión hispanista de Sarmiento, reivindicando lo que hoy llamamos la Conquista, Perón dice:

²² Dice De Ípola que ateniéndose al contenido lato del discurso “lo que en él aparece como más significativo es, justamente, su notoria insignificancia” (1995:131). Agrega que de tan abundantes en lugares comunes patrióticos y la mención sentimental a su madre, “las palabras de Perón parecían tan vacuas que sus mismos destinatarios se vieron compelidos a interrumpirlas”, interrogando al orador acerca de “¿dónde estuvo?” (idem: 132). Si se quiere un ejemplo de análisis del discurso anti-anropológico, pues este resulta bastante adecuado. Seguramente, para “nosotros” (digamos, los que analizamos discursos) los lugares comunes patrióticos y la madre resulten vacuos. De allí no podría derivarse que para quienes escuchaban en la plaza aquellas palabras, resultarían exactamente de esa manera. Viejo riesgo del análisis del discurso que, por otra parte, De Ípola fue pionero en señalar. Por la información que tenemos es probable que ninguno de los exaltados asistentes describiría como vacuas aquellas frases, sino más bien todo lo contrario. La interpretación de que las preguntas de los asistentes son un resultado de la supuesta vacuidad es bastante inapropiada si consideramos que los famosos “diálogos”, entre Perón (después también Evita) y la multitud, se estaban inaugurando con esa pregunta pero solamente para replicarse en tantos otros momentos decisivos.

“Para nosotros, la raza no es un concepto biológico. Para nosotros es algo puramente espiritual. Constituye una suma de imponderables que hace que nosotros seamos lo que somos (...). Ella es la que nos aparta de caer en el remedo de otras comunidades, cuyas esencias son extrañas a la nuestra, pero a las que con cristiana caridad aspiramos a comprender y respetamos. Para nosotros, la raza constituye nuestro sello personal indefinible e inconfundible” (Perón, 1947:7).

El punto que interesa es que “raza” no es biología, sino un “estilo de vida” (idem:8). El presidente de un país con múltiples colores de piel no desea imponer una jerarquía entre ellas, sino una homogeneidad. Esa homogeneidad no podría ser el resultado de ninguna biología, sino de algo a la vez “indefinible e inconfundible”. No es menor que sea “indefinible”: así el propio presidente pueda sentar las bases de dicha pertenencia.

A modo de cierre

La aparición de los inexistentes en la ciudad blanca el 17 de octubre y su persistencia en los años posteriores constituyó un trauma para la sociedad establecida. ¿Setenta años después está en condiciones de repensar y comprender el papel decisivo del racismo en los acontecimientos políticos? Pensar, quiero decir, el racismo argentino, que nos atraviesa, que nos hace como sociedad. En el año 45, con el nazismo derrotado, las ideas raciales estaban en las antípodas de las ideas democráticas. Entre las paradojas argentinas se encuentra el hecho de que los actores políticos que se organizaban hace años para luchar contra el nazismo eran los que tenían entre sus filas a un racismo que nadie consideraba ni juzgaba como tal. Se trata de una sociedad jerárquica organizada en gran medida en función de rasgos fenotípicos, de criterios étnicos, territoriales y de fronteras de clase. Una sociedad que no reconocía esa dimensión constitutiva. Dimensión que explica no sólo los tipos de trabajo a los que se podía acceder, sino también el tipo de exclusión social que se padecería.

El estereotipo tomó la parte por el todo y, arrojando vituperios racistas sobre los sectores más débiles, postuló que esas eran las bases del peronismo. Las clasificaciones sociales del color en la Argentina presentan la peculiaridad de que blanco y negro aluden, más que al color de piel, a la jerarquía de clase y étnica de las personas. Y además “negro” se asocia directamente a su identificación política.

Eso tiene una implicancia crucial, en la medida en que se trata simultáneamente de un sistema rígido y abierto. Abierto en el sentido de que cualquier persona individualmente puede tener la ilusión de “blanquearse”. Al no ser una concepción puramente fenotípica, los modos de hablar, de vestir y de comportarse han marcado una diferencia relevante. A la vez, es rígido porque esa frontera persiste en la actualidad. La estigmatización a “los negros” tiene plena vigencia. Esa solidez puede explicar por qué los sectores populares argentinos apelaron históricamente a discursos indirectos y no confrontativos con la definición de la nación blanca.

Hay hechos e interpretaciones del día 17 que hacen que todavía hoy nos interpele la frase de John William Cooke acerca de que “el peronismo es el hecho maldito del país burgués”. Porque el exorcismo ha consistido en inscribir al peronismo en un relato más abarcativo que establece continuidades en el proceso histórico argentino. En un libro muy importante Acha y Quiroga (2012) retoman la noción de “hecho maldito” y despliegan una aguda crítica de la “normalización de la historiografía sobre el peronismo”. Esa normalización implicaría la ubicación del peronismo en una narrativa de la democracia argentina. Así, el carácter reformista del peronismo permitiría comprender los procesos paulatinos de ampliación de la ciudadanía, alcanzando la ciudadanía social en términos de Marshall. En esa perspectiva el peronismo habría sido “distribuidor pero no disruptor” (Acha y Quiroga, 2012:29).

Es evidente que el 17 de octubre no se inscribe en ninguna teleología de la democracia. Hay democracias sin ese tipo de acontecimientos y hay países con esos acontecimientos sin democracia. Mejor ejemplo que la Argentina 1955-1983 es imposible conseguir.

¿Se produjo una plena integración política de las masas populares? Si esto hubiera sucedido, jamás se hubiera expropiado -como se hizo desde 1955- la ciudadanía política de los trabajadores a través de la proscripción del peronismo por 18 años. Si eso hubiera sucedido, en la clase política argentina, en el mundo empresarial y en el mundo académico, la heterogeneidad de rasgos fenotípicos e identificaciones étnicas sería mucho mayor a la actual, casi nula.

El 17 de octubre fue precisamente la irrupción de unas masas, cuya definición, categorización y adjetivación comenzaría ese día y continuaría por años. La irrupción de unas masas que sólo se integrarían por un breve período a la vida política. No se integraron porque continuaron siendo consideradas manipuladas y sin racionalidad propia por amplios sectores. El escaso “respeto” que lograron por parte de la sociedad establecida fue mucho más por el temor a esa alteridad percibida como desquiciada. Salvo que con “integración”, en lugar de significar ejercicio de los derechos y alguna noción al menos modesta de

igualdad, se aluda a una presencia innegable. A que ya no podrían ser ignoradas, aunque más no sea para reprimirlas. Sería un significado absurdo de "integración".

"Peronistas" fue la categoría de identificación que más vertiginosamente crecería a partir de julio de 1945, asociada de distintos modos a la nacionalidad, lo criollo, los descamisados, los cabecitas negras, los obreros, trabajadores, el pueblo. Setenta años después, con drásticos cambios de significado a lo largo de su historia, el término tendría plena vigencia. La sociogénesis de aquella palabra ha mostrado que en la institución de sus significaciones serían tan relevantes Perón y sus seguidores, como sus adversarios. Estos últimos crearon términos cuyos significados fueron invertidos, como descamisados, así como utilizaron otros que establecerían una frontera que las principales enunciaciones peronistas no querrían traspasar.

La aparición de los inexistentes y su empoderamiento, sus diferencias estéticas que se articulaban con desafíos a las jerarquías de clase, la sumatoria de su denigración y su triunfo electoral, convirtieron al peronismo en un hecho indigerible para el imaginario establecido. *Un hecho maldito*. Maldito porque amenaza con destruir la propia definición de la identidad social. Porque mostró que la Argentina era más heterogénea que cualquier relato uniformizante.

La gran pregunta es hasta qué punto esa maldición se perpetúa en la medida en que el peronismo no quiso, no supo o no pudo constituir un imaginario que abarcara esa heterogeneidad. Esto podrá explicarse por la intensidad de la confrontación política, o por los deseos de integración y aceptación social. Ha habido intelectuales peronistas que colocarán todo el énfasis en la "verdadera argentina" del interior, indígena, rural, mestiza, gaucha. Al replicar la dicotomía invirtiendo el significado de sus términos, no podían articular las heterogeneidades argentinas. Es tan cierto que Perón quiso construir un discurso de consenso y unidad nacional bajo su liderazgo, como que nunca lo consiguió. Así, el peronismo transformó las identificaciones y las relaciones de fuerza, se inscribió como potencia en esa división argentina, pero no pudo superarla.

El presente trabajo podría verse, con justicia, como un intento de contribuir a evitar cualquier domesticación de los orígenes del peronismo. A nuestro juicio, son demasiados los elementos que el mundo cultural, político y académico hasta hoy no puede asimilar de aquel 17 de octubre. En primer lugar, el mentís que implicó sobre el imaginario europeísta. La vigencia de ese imaginario excede a este trabajo (ver Grimson, 2012). En segundo lugar, aún hoy la cuestión de los "cabecitas negras" es indigerible, porque el imaginario racista aún no ha sido asumido ni se ha desplegado una política de Estado contra las nociones de

negro, cabecita, negro de alma y así sucesivamente. En tercer lugar, las inversiones mencionadas no lograron una articulación no dicotómica acerca de un imaginario que incorpore las heterogeneidades argentinas. Es decir, no sólo es un problema el prejuicio hacia lo indígena o lo mestizo. También son simplificadas las visiones existentes acerca de las herencias europeas y las interacciones de esa multiplicidad.

Por último, pero no menos importante, como derecho a la ocupación de la ciudad, el 17 es una metáfora de la ocupación por parte de los sectores populares de la vida social, los espacios públicos y en los años posteriores los espacios de ocio y consumo. Es decir, condensa en las imaginaciones hegemónicas una "igualdad intolerable", el derecho de los considerados inferiores a actuar radicalmente como si no lo fueran. Esto repone el hecho de que no lo son y, por lo tanto, la inestabilidad de las jerarquías.

Nuevos estudios sobre la sociogénesis de aquellas "maldiciones" quizás nos permitan comprender mejor las décadas recorridas por nuestro país desde aquel entonces.

La capacidad del peronismo de asociar su identidad política a la idea misma de pueblo y de nación se encuentra sin duda entre los motivos de su persistencia a lo largo del tiempo. Paradójicamente, en esa misma articulación se plantea a la vez su potencia y su limitación. Si resulta evidente que en febrero de 1946 y en los años sucesivos las grandes mayorías populares votaron y adhirieron con entusiasmo al peronismo, también resulta elocuente que cualquier cosa que haya sido la totalidad de la nación fue, sin duda, más compleja y siempre desbordó al peronismo. Esa distancia entre la parte mayoritaria y la totalidad estaría entonces, y no sólo entonces, en el epicentro de los dilemas de los modos de la imaginación de la representación política.

Inclusive porque "su" racismo es "nuestro" racismo, tanto porque somos todos parte de una sola sociedad, como por el hecho de que los sentidos comunes y las hegemonías lejos de ser "externalidades", son constitutivas y transversales. Cuando Gramsci aludía a la cultura popular como un "conglomerado indigesto de fragmentos", podía leerse como una advertencia: si alguna vez alguien cree que sólo los antiperonistas dicen frases como "negros de mierda", bien valdría el estallido de las carcajadas.

Bibliografía

- Acha, Omar (2004) "Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo", en *Desarrollo Económico*, vol. 44, n 174, pp. 199-230.
- Acha, Oma (2008) "Migración interna y formación de parejas en Buenos Aires en los años del primer peronismo", en *Anuario IEHS*, Universidad Nacional del Centro, 23, pp. 409-429.
- Acha, Omar (2011) *Los muchachos peronistas*, Buenos Aires, Planeta.
- Acha, Omar y Quiroga, Nicolás (2012) *El hecho maldito*, Rosario, Prohistoria.
- Adamovsky, Ezequiel (2010) *Historia de la clase media argentina*, Buenos Aires, Planeta.
- Adamovsky, Ezequiel (2012) *Historia de las clases populares en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Adamovsky, Ezequiel (2012b) "El color de la nación argentina", en *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 49, pp. 343-364.
- Adamovsky, Ezequiel (2013) "La dimensión étnico-racial de las identidades de clase en la Argentina", en Guzmán, Florencia y Geler, Lea (eds.): *Cartografías latinoamericanas*, Buenos Aires, Biblos.
- Adamovsky, Ezequiel (2014) "La cuarta función del criollismo y las luchas por la definición del origen y el color del *ethnos* argentino", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera Serie, núm. 41, segundo semestre, pp. 50-92.
- Altamirano, Carlos (2007) *Bajo el signo de las masas*, (1943.1973), Buenos Aires, Emecé.
- Amaral, Samuel y Botalla, Horacio (2010) *Imágenes del peronismo*, Buenos Aires, Eduntref.
- Azzolini, Nicolás (2011) "Democracia, fascismo y populismo", en *Revista de Ciencias Sociales. Universidad de Costa Rica*, 131-132 (I-II), pp. 197-208.
- Barreiro, Hipólito (2000) *Juancito Sosa. El indio que cambió la historia*, Buenos Aires, Tehuelche.
- CGT (1945) "Acta de la reunión del Comité Central Confederado de la CGT, 16 de octubre de 1945", publicado en Torre, Juan Carlos (comp.) (1988): *La formación del sindicalismo peronista*, Buenos Aires, Legasa.
- Camarero, Hernán (2007) *A la conquista de la clase obrera*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Camarero, Hernán y Herrera, Carlos (ed). (2005) *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo.
- Carulla, Juan E. (1951) *Al filo de medio siglo*, Paraná, Llanura.

- Caggiano, Sergio (2010) *El sentido común visual*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Correa, Emanuel (2013) "Socialistas, comunistas y trotskistas ante el 17 de Octubre de 1945", *X Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Crespo, Edda Lía (2005) "Madres, esposas y reinas...", en Lobato, Mirta: *Cuando las mujeres reinaban*, Buenos Aires, Biblos.
- Ciria, Alberto (1983) *Política y cultura popular. La Argentina peronista 1946-1955*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- De Imaz, José Luis (1965) *La clase alta de Buenos Aires*, Buenos Aires, UBA.
- De Ipola, Emilio (1995): "'Desde estos mismos balcones...'. Nota sobre el discurso de Perón del 17 de Octubre de 1945", en Torre, pp. 131-147.
- Del Campo, Hugo (1983) *Sindicalismo y peronismo*, Buenos Aires, CLACSO.
- Elías, Norbert y Scotson, J. (2000) *Os Establecidos e os Outsiders*. México: Jorge Zahar Editor Ltda.
- Escardó, Florencio (1945) *Geografía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Losada.
- Escardó, Florencio (1966) *Geografía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Losada.
- Escardó, Florencio (1971) *Nueva Geografía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Américalee.
- Ferrer, Christian (2014) *La amargura metódica*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Frigerio, Alejandro (2006) "'Negros' y 'blancos' en Buenos Aires: repensando nuestras categorías raciales", en *Temas de patrimonio cultural*, n- 16, pp. 77-98.
- Gambini, Hugo (1971) *El 17 de octubre*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- García Sebastiani, Marcela (ed.) (2006) *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo*, Madrid, Iberoamericana.
- Gay, Luis (1999) *El Partido Laborista en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos.
- Gené, Marcela (2005) *Un mundo feliz*, Buenos Aires, FCE.
- Germani, Gino (1962) *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.
- Germani, Gino (1973) "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y los migrantes internos", en *Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales*, vol. 13, No 51, octubre-diciembre 1973, pp. 435-88.
- Ghioldi, Américo (1946) *El Socialismo en la Evolución Nacional*, Buenos Aires, La Vanguardia.

- Grimson, Alejandro (2009) "Etnicidad y clase en barrios populares de Buenos Aires", en Grimson, A. *et al. La vida política de los barrios populares de Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo.
- Grimson, Alejandro (2011) *Los límites de la cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Halperín Donghi, Tulio (1975) "Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y lo migrantes internos", en *Desarrollo Económico*, Vol. 14, No. 56 (Jan. - Mar., 1975), pp. 765-781.
- Halperín Donghi, Tulio (1961) "Crónica del período", en Paita, Jorge (comp.) *Argentina 1930-1960*, Buenos Aires, Sur, pp. 23-88.
- INDEC (1974a) *Cuadros inéditos IV Censo General de la Nación año 1947*, 2, Buenos Aires, INDEC.
- INDEC (1974b) *Cuadros inéditos IV Censo General de la Nación año 1947*, 3, Buenos Aires, INDEC.
- INDEC (1999) *Características migratorias de la población en el IV censo general de la nación del año 1947*, Buenos Aires, INDEC.
- James, Daniel (1987) "17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo y la protesta de masas y la clase obrera argentina", en *Desarrollo económico*, vol 27, num 107, pp. 445-461.
- James, Daniel (2010) *Resistencia e integración*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Jauretche, Arturo (2010) *El medio pelo en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Corregidor.
- Klappenbach, Fernando (1997) "El 17 de octubre de 1945", en *Congreso nacional de historia argentina*, Buenos Aires, 23-25 de noviembre de 1995, Tomo II: 259-276.
- Laclau, Ernesto (2005) *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Lenton, Diana (2010) The Malón de la Paz of 1946: Indigenous Descamisados at the Dawn of Peronism, en Karush, Matthew and Chamosa, Oscar (2010), *New Cultural History of Peronism*, Duke University Press.
- Lobato, Mirta (2004) *La vida en las fábricas*, Buenos Aires, Prometeo.
- Lobato, Mirta (2005) "Belleza femenina y política: un epílogo", en Lobato, Mirta: *Cuando las mujeres reinaban*, Buenos Aires, Biblos.
- Luna, Félix (1971) *El 45*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Lvovich, Daniel (2006) "El golpe de Estado de 1943, Perón y el problema del antisemitismo", en García Pasolini, pp. 107-131.
- Marcor, Darío y Tcach Abad, César (eds.) (2014) *La invención del peronismo en el interior del país*, Santa Fé, UNL.

- Martínez Estrada, Ezequiel (2005) *¿Qué es esto?*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional-Colihue.
- Matsushita, Hirischi (1983) *Movimiento obrero argentino 1930/1945*, Buenos Aires, Siglo Veinte.
- Michelini, Pedro (1994) *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Corregidor.
- Milanesio, Natalia (2010) "Peronists and Cabecitas: Stereotypes and Anxieties at the Peak of Social Change", en Karush, Matthew and Chamosa, Oscar (2010), *New Cultural History of Peronism*, Duke University Press.
- Monsalvo, Luis (1972) *Testigo de la primera hora del peronismo*, Buenos Aires, Pleamar.
- Murmis, Miguel y Portaniero, Juan Carlos (2004) *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Nallin, Jorge (2006) "Del antifascismo al antiperonismo", en García Pasolini, pp. 77-105.
- Navarro, Marysa (1995) "Evita y la crisis del 17 de Octubre de 1945: un ejemplo de la mitología peronista y antiperonista", en Torre, pp. 49-169.
- Neiburg, Federicoc (1995) "El 17 de Octubre de 1945: un análisis del mito del peronismo", en Torre, pp. 219-283.
- Page, Joseph (1999) *Perón: una biografía*, Buenos Aires, Grijalbo.
- Pasolini, Ricardo (2006) "'La internacional del espíritu': la cultura antifascista y las redes de solidaridad intelectual en la Argentina de los años treinta", en García Pasolini, pp. 43-75.
- Perón, Eva (1951) *La razón de mi vida*, Buenos Aires, Peuser.
- Plotkin, Mariano Ben (2007) *El día que se inventó el peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Plotkin, Mariano Ben (2013) *Mañana es San Perón*, Buenos Aires, Eduntref.
- Poderti, Alicia (2010) *Diccionario del peronismo*, Buenos Aires, Biblos.
- Potash, Robert (1971) *El ejército y la política en la Argentina, 1928-1945*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Prieto, Adolfo (2006) *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Ratier, Hugo (1971), *El cabecita negra*, Buenos Aires, CEAL.
- Rechini de Lattes, Zulma y Lattes, Alfredo (1969) *Migraciones en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial del Instituto.
- Rein, Raanan (2006) *Juan Atilio Bramuglia*, Buenos Aires, Lumiere.
- Riel, Martín (1945) *Lo que no dijo Perón... pero yo sé*, Buenos Aires, Democracia.

- Reyes, Cipriano (1984) *Yo hice el 17 de octubre/2*, Buenos Aires, CEAL.
- Sarmiento, Domingo Faustino (2009). Editorial Eduvim, ed. *Facundo o civilización y barbarie*.
- Scalabrini, Ortiz (1972) *Irigoyen y Perón*, Buenos Aires, Plus Ultra.
- Segato, Rita (2007) *La nación y sus otros*, Buenos Aires, Prometeo.
- Senén González, Santiago y Lerman, Gabriel (2005) *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Lumiere.
- Sigal, Silvia (2006) *La plaza de mayo. Una crónica*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Spivak, Gayatri (1987) *In Other Worlds. Essays in Cultural Politics*, New York, Methuen.
- Svampa, Maristella (2006) *El dilema argentino: civilización o barbarie*, Buenos Aires, Taurus.
- Torre, Juan Carlos (comp.) (1995a) *El 17 de Octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel.
- Torre, Juan Carlos (1995b) "Prefacio: El 17 de Octubre en perspectiva", en Torre (1995) pp. 7-21.
- Torre, Juan Carlos (1995c) "La CGT en el 17 de Octubre de 1945", en Torre (1995) pp. 23-81.
- Torre, Juan Carlos (comp.) (1988): *La formación del sindicalismo peronista*, Buenos Aires, Legasa.
- Torre, Juan Carlos (2012) *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Troncoso, Oscar (2005): "Verdades y mentiras sobre el 17 de octubre", en Senén González, Santiago y Lerman, Gabriel: *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Lumiere, pp. 195-220.
- Winston, Colin (1983) "Between Rosas and Sarmiento: Notes on Nationalism in Peronist Thought", en *The Americas*, 39(3), pp. 305-332.